



Cernuda, el hombre-libro

Cincuentenario de su muerte (1963-2013)



Biblioteca Pública Gerardo Diego
C/Monte Aya, 12 (Vallecas Villa)
28031 MADRID
913806633
bpgerardodiego@madrid.es

ÍNDICE

EL HOMBRE-LIBRO, 3

SEVILLA: LA CALLE DEL AIRE, 5

MADRID Y LOS PLACERES PROHIBIDOS, 14

EL EXILIO: INGLATERRA, 29

EL EXILIO: AMÉRICA, 38

BIBLIOGRAFÍA, 54

NOTAS, 60



(Fotos, Elena Saúco)



Calle Viriato, número 71, en el distrito de Chamberí: lo más parecido que nunca tuvo Cernuda a un hogar propio (de 1935 a 1938). Allí vivió también y tuvo su imprenta Manuel Altolaguirre. El ayuntamiento se ha dignado poner unas placas, pero ninguna de sus bibliotecas públicas (que reciben nombres de escritores, algunos tan mundialmente famosos como Mingote o Gloria Fuertes) lleva el nombre del poeta más influyente de nuestras letras contemporáneas, que se reconoció «madrileño por gusto» y que coordinó el servicio de bibliotecas de las Misiones Pedagógicas: 5.500 bibliotecas creadas en cinco años (1931-1936). ¿No son suficientes méritos?

EL HOMBRE-LIBRO

«Al lado de una pieza poética de Cernuda, la de cualquier otro de los mejores poetas resulta tosca, hueca o redicha»,
Gerardo Diego¹.



Al final de *Fahrenheit 451*, la fantasía futurista de Ray Bradbury, donde los bomberos se dedican a quemar libros en lugar de apagar fuegos, el protagonista huye a un bosque apartado donde viven los hombres-libro. Cada uno ha aprendido de memoria una obra señalada para preservarla de la destrucción. Se han identificado hasta tal punto con la obra memorizada que ya sólo se les conoce por el título al que han unido su destino.

Luis Cernuda fue uno de los más acabados ejemplos de estos individuos unidos de por vida a un libro, el suyo propio: *La Realidad y el Deseo*. Su vida fue su libro y su libro fue finalmente toda su vida, hasta el extremo de que lo más parecido a una autobiografía que escribió terminó titulándola *Historial de un libro*. No por vanidad, sino porque pensaba que lo que hace único y valioso a un individuo es la fidelidad a sus deseos más íntimos, aquellos que todo el mundo posee pero va perdiendo a jirones, enredado en las conveniencias y compromisos, hasta quedar reducido a no más que una caricatura de hombre, indistinguible de su vecino. Esta terquedad en preservar lo más propio, aquello que la realidad (es decir, la sociedad, cualquier sociedad) se obstina siempre por destruir, él lo denominó *deseo*, un impulso expresivo que anhela hacerse oír y dejar testimonio, no siempre artístico. En su caso lo fue y de la más alta poesía.

No es aventurado declarar *La Realidad y el Deseo* la obra cumbre de la poesía en español del siglo XX. Son muchos los poetas y estudiosos que consideran a Cernuda el poeta más influyente de nuestra lírica, desde los 50 en adelante, como para pensar que todos estén equivocados. De sus compañeros de generación, sólo García Lorca (no el más popular y folklorista, desde luego), Aleixandre y Altolaguirre tienen todavía algo que decirnos. En cuanto a Alberti, Salinas, Jorge Guillén, Pablo Neruda, Gerardo Diego o Dámaso Alonso... todos se encuentran en los programas de estudios, no en las mochilas de los poetas actuales. Ni siquiera los que ahora mismo escriben poesía social se acuerdan tampoco de Miguel Hernández, si acaso adoptan el coloquialismo y la franqueza del «Recuérdalo tú y recuérdalo a otros...» del último Cernuda. En cuanto a poetas anteriores, Antonio Machado es tan respetado como ignorado; Juan Ramón Jiménez, que ya para el propio 27 adolecía de esteticismo rancio, ha terminado convertido en *escort* de Platero; Rubén Darío, ese «ilustre cursi» como lo describió el propio Cernuda, es más que nada nombre de calle o parada de metro.

Luis Cernuda, en cambio, fue el primer poeta verdaderamente moderno o, por mejor decir, contemporáneo de nuestras letras. El primero que rompió entre nosotros con eso que él llamó «bonitura», esa especie de regodeo, de recrearse en la forma, esa galanura torera del lenguaje que parece reclamar un «¡Olé!» unánime tras cada verso (esto último no es ninguna broma: hablan los testimonios de cómo en el célebre homenaje a Góngora

de 1927, en el Ateneo sevillano, se jaleaba a los poetas —Lorca, Alberti *e tutti quanti*— como a diestros en la plaza). Cernuda se liberó de este vicio endémico en las duras circunstancias del exilio y merced al contacto con otras literaturas (la anglosajona sobre todo) más sobrias y veraces, para terminar escribiendo una poesía poco o nada poética, en los antípodas de lo que el tópico identifica como lírico: el arabesco, el amaneramiento, la huida de lo real, lo campanudo, lo cursi.

Por todo ello se le acusó de prosaico, cuando en realidad consiguió lo opuesto: llevar la poesía allí donde sólo parecía subsistir la prosa, conquistar para la lírica nuevos territorios: los del individuo solo, en el grado máximo de desamparo, hundido en la cotidianidad y privado como nunca de los falaces consuelos (religiosos, ideológicos, estéticos) de antaño. ¿El resultado?: una poesía dura y terca, conmovedora y solitaria como una flor en el desierto; la única que es posible escribir después de Auschwitz; la poesía para un tiempo que odia la poesía y margina por sistema a sus poetas.

Cuando se habla de la figura humana de Cernuda, se recurre a menudo al tópico que lo persiguió en vida y lo acosa incansable tras su muerte: el carácter imposible y lleno de espinas, las actitudes ingratas con quienes se le acercaban animosos para recibir desaires incomprensibles. Poeta tan grande como antipático, sentenció el cascabelero Alberti, como si un gran escritor debiera parecer además una azafata de congresos. ¿Quién recuerda o le importa si Homero, Dante o Shakespeare fueron bordes o simpáticos, colegas cachondos o aguafiestas?

Visto a la distancia, las fuerzas hostiles que debió arrostrar toda su existencia alguien tan vulnerable (poeta y homosexual, dos cargos que aún concitan burla y agresión, no sólo en Rusia sino aquí mismo) explican mucho de esa coraza defensiva, enconada con el tiempo y los agravios, con frecuencia bien reales.

Hagamos finalmente lo que él mismo recomendaba en carta a una amiga: «Sé perfectamente que mi trato es difícil. Pero qué voy a hacerle. Acaso mi trabajo sea una compensación para quienes, con alguna simpatía hacia mí, se sienten ofendidos con aquella dificultad. Mi trabajo vale más que yo, y cambiando éste por aquél, quedándose con el trabajo y dejando la persona, se sale ganancioso»².

Quedémonos, pues, con el trabajo y, al igual que los que odian la ópera deberían escuchar una vez en la vida, antes de morir, *La flauta mágica*, y los que aborrecen los museos deberían plantarse diez minutos (si los japoneses lo permiten) delante de *Las Meninas*, quienes piensan que la poesía es cosa de maricas, con la bragueta desabrochada, harían bien en leer *La Realidad y el Deseo* para saber lo que se pierden. O tal vez mejor no. Podría gustarles. Quién sabe lo que de ahí podría derivarse.



SEVILLA: LA CALLE DEL AIRE

«¡Años de niñez en que el tiempo no existe! Un día, unas horas son entonces cifra de la eternidad.
¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?»
(«El tiempo», *Ocnos*).



Nació Luis Cernuda Bidón en Sevilla (en 1902), pero Sevilla nunca terminó de nacer en él. Sus relaciones con la ciudad fueron, como poco, conflictivas. Amó el poeta cierta Sevilla (una ciudad crepuscular, hecha de jardines y patios cerrados, de calles solitarias, desparasitada de flamencos, chistosos y otros tópicos), pero su sensibilidad vulnerable, de antenas pudorosas, tenía poca cabida en una urbe que inventó ex profeso una palabra para los que, como él, se mostraban remisos al énfasis y la jarana. Con Antonio Machado, otro ilustre *malaje* sevillano, hubiera podido exclamar: «¡Qué bonita Sevilla sin sevillanos!».

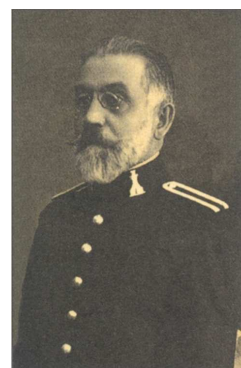
←Un Cernuda de 12 años, en 1914

Tuvo padre militar, severo, inalcanzable («Oh padre taciturno que no le conociste»); madre distante, apenas un apéndice del padre («Oh madre melancólica que no le comprendiste»); dos hermanas mayores, sofocadas por la educación de la época, una de ellas condenada a una soltería atávica. El propio Cernuda describió como nadie aquel ambiente, más bien tétrico, de sus primeros años, compuesto de rigidez, fórmulas vacías y beatería rancia, en un estremecedor poema de *Como quien espera el alba*:

La familia [fragmento]

¿Recuerdas tú, recuerdas aún la escena
A que día tras día asististe paciente
En la niñez, remota como sueño al alba?
El silencio pesado, las cortinas caídas,
El círculo de luz sobre el mantel, solemne
Como paño de altar, y alrededor sentado
Aquel concilio familiar, que tantos ya cantaron,
Bien que tú, de entraña dura, aún no lo has hecho.

Era a la cabecera el padre adusto,
La madre caprichosa estaba en frente,
Con la hermana mayor imposible y desdichada,
Y la menor más dulce, quizá no más dichosa,
El hogar contigo mismo componiendo,
La casa familiar, el nido de los hombres,
Inconsistente y rígido, tal vidrio
Que todos quiebran, pero nadie dobla.



Presidían mudos, graves, la penumbra,
 Ojos que no miraban los ojos de los otros,
 Mientras sus manos pálidas alzaban como hostias
 Un pedazo de pan, un fruto, una copa con agua,
 Y aunque entonces vivían en ellos presentiste,
 Tras la carne vestida, el doliente fantasma
 Que al rezo de los otros nunca calma
 La amargura de haber vivido inútilmente.

[...]

Aquel amor de ellos te apresaba
 Como prenda medida para otros,
 Y aquella generosidad, que comprar pretendía
 Tu asentimiento a cuanto
 No era según el alma tuya.
 A odiar entonces aprendiste el amor que no sabe
 Arder anónimo sin recompensa alguna.

(fragmentos)³

El poeta en su rincón preferido de Sevilla: los jardines del Alcázar→

Fue un niño muy religioso, fervoroso más que beato. «Poseía cuando niño», cuenta en «La eternidad», una de las evocaciones de *Ocnos*, «una ciega fe religiosa. Quería obrar bien, mas no porque esperase un premio o temiese un castigo, sino por instinto de seguir un orden bello establecido por Dios, en el cual la irrupción del mal era tanto un pecado como una disonancia». Muy pronto, sin embargo, el descubrimiento de los mitos griegos se contrapuso al Cristo doliente y torturado: «Qué triste te pareció entonces tu propia religión [...] ¿Por qué se te enseñaba a doblegar la cabeza ante el sufrimiento divinizado, cuando en otro tiempo los hombres fueron tan felices como para adorar, en su plenitud trágica, la hermosura?»⁴.

Poco más sabemos de su infancia y adolescencia que lo que él mismo nos desvela, de manera pudorosa, en su libro *Ocnos* y algún otro poema. Fue niño y adolescente retraído —cómo no inducirlo— y sus años de secundaria transcurrieron en el preceptivo colegio de curas (los Escolapios) donde, sin llegar al grado de empollón, fue estudiante aplicado, dócil y hasta un poco meapilas (llegó a directivo, con 15 años, de las Congregaciones Marianas Calasancias, dedicadas a adorar más de la media —de por sí elevada en Sevilla— a la Virgen).

Nada hacía presagiar por entonces al rebelde ni al poeta; más bien al contrario, parecía la biografía de un futuro pilar del orden establecido cuando con 17 años, en 1919, entra a estudiar Derecho, como está mandado, en la universidad sevillana. Allí tuvo lugar un encuentro decisivo con un joven profesor de literatura entonces de 28 años: Pedro Salinas. Salinas estimuló y orientó con consejos y lecturas su incipiente vocación poética y, pese a todas las acusaciones de malentendimiento que le dirigió con posterioridad Cernuda, fue el primero que supo reconocer el talento del futuro poeta.

Pero hubo antes de esta ocasión exterior un acontecimiento más íntimo y revulsivo que determinaría su vocación para siempre: «Hacia los catorce, y conviene señalar la



coincidencia con el despertar sexual de la pubertad, hice la tentativa primera de escribir versos»⁵. Para Cernuda, la poesía iría siempre asociada a la voz del deseo y en su caso, el deseo se descubrió desde un principio como homosexual. A su pesar, pues por carácter era más bien sumiso y amante del orden, el joven Cernuda se vio convertido de la noche a la mañana, por mor de sus impulsos, en rebelde y enfrentado a la moral convencional a la que todo le destinaba. Baste recordar lo que escribió en «El escándalo» de *Ocnos* sobre su descubrimiento infantil de esos «seres misteriosos a quienes llamaban “los maricas”», para comprender el profundo trastorno de reconocerse homosexual en una ciudad tan mojigata como la sevillana de entonces (no tan diferente, en ciertos aspectos, a la actual).

De ahí provendría la inquina, que sostendría toda su vida, contra cualquier cosa que oliera a respetabilidad burguesa, empezando por la institución familiar o los propios poetas «burgueses», como eran para él Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego o Dámaso Alonso.

El caso es que su intimidad más irrenunciable le coloca, de golpe, fuera de una sociedad que no tiene cabida para los que son como él, a menos que se acojan a la doble vida y la hipocresía. Pero ese nunca será su camino. A diferencia de Aleixandre, e incluso de Lorca, que ocultarán públicamente (en sus obras) su orientación sexual, Luis Cernuda rechazó muy pronto cualquier componenda con una moral que despreciaba y, con un valor rayano en la temeridad, habida cuenta del tiempo y el lugar, declaró sin tapujos cuál era el oscuro objeto de sus deseos.



←Cernuda, segundo por la derecha, durante el servicio militar en Sevilla, 1924

Cernuda fue, pues, un poeta (y rebelde) tardío. Sus primeras poesías serias datan de 1924, con 22 años. Él mismo nos cuenta la epifanía de esta vocación lírica:

«El hito tercero y decisivo en el camino que yo parecía seguir casi sin iniciativa propia, lo crucé hacia 1923 o 1924, a los 21 o 22 años. Hacía entonces el servicio militar y todas las tardes salía a caballo con los otros reclutas, como parte de la

instrucción, por los alrededores de Sevilla; una de aquellas tardes, sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera, como si por primera vez entrara yo en comunicación con ellas, y esa visión inusitada, al mismo tiempo, provocaba en mí la urgencia expresiva, la urgencia de decir dicha experiencia. Así nació entonces toda una serie de versos, de los cuales ninguno sobrevive»⁶.

En 1920 fallece el padre y, aunque se retirase dos años antes con el grado de general, deja a la familia en mala posición económica. La hermana menor, Ana, se casa apresuradamente con un hombre bastante más mayor, en lo que parece un matrimonio de conveniencia, y el resto de la familia, venida a menos, se traslada ese mismo año a una casa más modesta en la calle del Aire, de tan cernudiano nombre. Aun así, Cernuda acabará en 1925 sus estudios de Derecho sin excesiva brillantez y, con aun menos entusiasmo, prepara unas oposiciones a secretario de ayuntamiento.



Mientras tanto, su mentor literario, Salinas, le introduce en una tertulia, le hace leer a los clásicos españoles (Garcilaso y Fray Luis de León en especial, también Góngora) y le pondrá al día en literatura francesa (Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Pierre Reverdy, surrealistas).

←Un Cernuda de 26 años en la sevillana calle del Aire

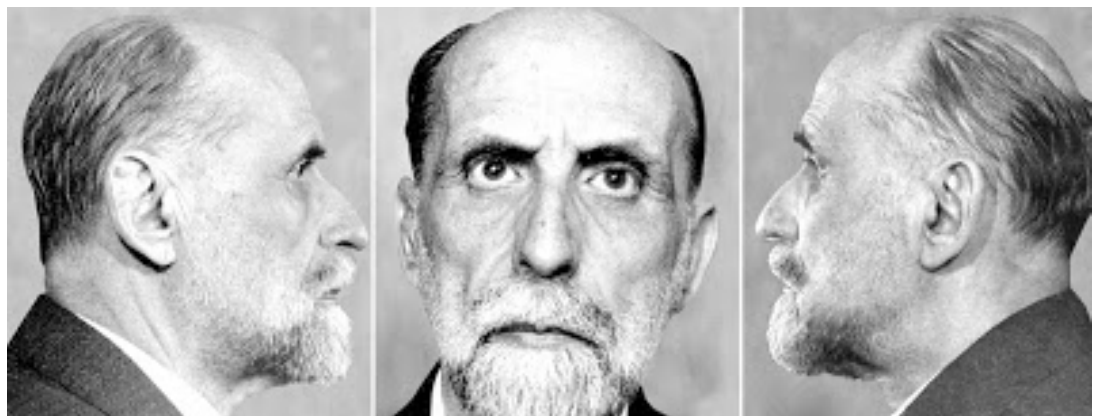
Uno de esos nuevos autores que le dará a conocer Salinas, André Gide (1869-1951), tendrá una repercusión decisiva, más allá de lo puramente literario, en la vida del joven Cernuda:

«Me figuro que Salinas no podía suponer que con esa lectura me abría el camino para resolver, o para reconciliarme, con un problema vital mío decisivo»⁷.

Cernuda, en efecto, hallará en Gide una asunción orgullosa y sin complejos de la homosexualidad, como una elección tan legítima o más que cualquier otra. Ni perversión ni enfermedad, sino opción natural y, en algunas épocas brillantes de la historia (como la antigüedad grecorromana), socialmente aceptada y bien vista.

Otro encuentro decisivo tendrá lugar por aquellos años con uno de los poetas reverenciados por el joven Cernuda: **Juan Ramón Jiménez**, entonces de 44 años. «Lo conocí por mediación de Salinas», recordará más tarde⁸, «en Sevilla, una noche de septiembre de 1925, en el Alcázar. Casi no dije palabra, era yo un chico provinciano, un poeta mozo frente a la presencia, casi mítica, del gran poeta».

Juan Ramón Jiménez:
«... ojos, en los que había una mirada dura y fija, que hasta entonces yo sólo viera en algún pájaro pero no en ser humano»⁹





↑La foto «oficial» del 27: Sevilla, diciembre de 1927; homenaje a Luis de Góngora. Una distribución significativa; a la izquierda, facción andaluza: Alberti y Lorca. A la derecha, facción castellana y homofóbica: Diego, Alonso, Bergamín y Guillén. En medio, el tío del bigote.

Cernuda será uno de los últimos en publicar libro —junto con Guillén— de la generación del 27, que se estrena en 1921 con *Libro de poemas* de García Lorca. Se trata de una brillante pléyade de poetas jóvenes e irreverentes que llevarán a cabo una ruptura con nuestra poesía anterior, representada por el modernismo y el 98. Surgen en una España que ha salido beneficiada económicamente de la Primera Guerra Mundial gracias a su neutralidad. Junto a la agitación social, soplan aires de cambio y modernización en la sociedad de los años 20, y se despierta un entusiasmo contagioso por los adelantos científicos y técnicos y el frenesí de la vida urbana. Jazz y cine marcan un antes y después en la cultura popular de Occidente. Como en toda Europa, el arte del momento trata de hacer borrón y cuenta nueva con las formas anteriores, enterradas en las trincheras de la guerra.

En la poesía española de los 20, lo caduco es el decadentismo de la poesía modernista de Rubén Darío («ese ilustre cursi», en palabras de Cernuda), así como la pesadumbre y el castellanismo del 98. La nueva poesía se desentiende de cuestiones trascendentes y reivindica el juego y la travesura literaria, la alegría de la creación pura sin sujeciones. Se trata de un arte formalista sin preocupaciones éticas ni psicológicas, que ha sufrido ya el terremoto de algunas vanguardias (en nuestro país, el ultraísmo y el creacionismo), como quedará reflejado en *La deshumanización del arte*, ensayo de Ortega y Gasset publicado en 1925 que tuvo amplia resonancia en la época. Los nuevos poetas se distancian de Antonio Machado para acercarse a Juan Ramón Jiménez, por lo menos en las primeras fases. Frente al gusto de la generación anterior por el romancero y el primitivismo, el 27 reivindica nuestro Siglo de Oro y, en especial a Góngora; frente a la sencillez formal, los fastos de la metáfora y la recuperación de metros y estrofas clásicas, sin descuidar por ello la veta populista del cancionero.

Pero la verdadera ruptura llegará con la asimilación del **surrealismo** («superrealismo» como era llamado por ellos), que entrañará no sólo una subversión formal (abandono de la rima y de las estrofas clásicas, máxima libertad asociativa), sino también una liberación de costumbres y un nuevo desparpajo moral. Como señalará el propio Cernuda: «El superrealismo envolvía una protesta total contra la sociedad y contra las bases en que ésta se hallaba sustentada: contra su religión, contra su moral, contra su política...»¹⁰.

Será también por mediación de Salinas como publique su primera colección de poemas, *Perfil del aire*, aparecido en 1927 y que recoge poesías de los tres años anteriores. El libro aparecerá en Litoral, la editorial malagueña de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, convertidos desde entonces en amigos entrañables. No puede haber mejor plataforma de lanzamiento: en Litoral han ido apareciendo, con buena crítica, los mejores poetas jóvenes (Alberti, Prados, Altolaguirre, Bergamín, Lorca). *Perfil del aire*, sin embargo, será vapuleado por la crítica, casi sin excepción. Hasta el propio Salinas se mostrará reticente. Cernuda queda dolido y desconcertado:

«... conociendo cómo a todos los libritos de verso que por aquellos años aparecían en España se les había recibido, por lo menos, con benevolencia, la excepción hecha al mío me mortificó tanto más cuanto que ya comenzaba a entrever que el trabajo poético era razón principal, si no única, de mi existencia»¹¹.



Primera edición de *Perfil del aire*, Málaga, 1927→

Visto a la distancia, el trato de la crítica aparece notablemente injusto. Los reproches que se le dirigieron (la falta de novedad formal por su uso de la rima y las estrofas clásicas, y la influencia de Jorge Guillén) pasan por alto los auténticos valores del libro: la aparición de una poesía sutil y evanescente, hecha casi con pincel chino, más de raíz mallarmeana que de Guillén, y tan poco frecuente en nuestra literatura, acostumbrada al énfasis y la pirotecnia, que necesariamente debía ser malentendida.

En *Perfil...* se hallan ya todos los temas que posteriormente desarrollará el poeta: la soledad, el deseo insaciado e insaciable, la belleza como promesa inalcanzable de felicidad, el consuelo de la naturaleza, el olvido y fugacidad de lo que deseamos... Se halla, sobre todo, la tersura impecable que será marca de la casa:

(XII)

Eras, instante, tan claro.
Perdidamente te alejas,
Dejando erguido al deseo
Con sus vagas ansias tercas.

Cernuda se muestra ya como el poeta contenido, que dice menos que calla, que no renuncia en ningún momento a lo más noble de nuestra tradición poética, y que incluso en medio de las audacias, se revela como un clásico.

Las imágenes de movimiento (aire, brisa, río, agua, viento, nube) se alternan con otras de detención y clausura (sueño, somnolencia, muro, noche, sombra, indolencia, soledad). Se trata de una poesía casi impalpable, ingrávida, donde el yo se retira, vencido, a un lejano segundo plano.

XXIII

Escondido en los muros
Este jardín me brinda
Sus ramas y sus aguas
De secreta delicia.

Qué silencio. ¿Es así
El mundo? Cruza el cielo
Desfilando paisajes,
Risueño hacia lo lejos.

Tierra indolente. En vano
Resplandece el destino.
Junto a las aguas quietas
Sueño y pienso que vivo.

Mas el tiempo ya tasa
El poder de esta hora;
Madura su medida
Escapa entre sus rosas.

Y el aire fresco vuelve
Con la noche cercana,
Su tersura olvidando
Las ramas y las aguas.

El propio poeta valoró certeramente su obra, treinta años más tarde, en «Historial..»:

Perfil del aire es el libro de un adolescente, aún más adolescente de lo que lo era mi edad al componerlo, lleno de afanes no del todo conscientes, melancólico, precisamente por la impotencia en que me hallaba para satisfacer esos afanes («la melancolía no es sino el fervor caído», leí yo entonces en alguna página de Gide); pero, al mismo tiempo, libro de un poeta que, desde el punto de vista de la expresión, sabía más o menos adónde iba. Instintivamente me orientaba ya hacia lo que hoy, reflexivamente, llamaría una expresión coloquial, sorteando, también por instinto, los dos escollos frecuentes en la poesía española durante la década del 20: lo folklórico y lo pedantesco¹².

Cernuda, entretanto, se asfixia en su ciudad natal: «Apoyado en una columna del patio, pensaste en tus días futuros, en la necesidad de escoger una profesión, tú, a quien todas repugnaban igualmente, y sólo deseabas escapar de aquella ciudad y de aquel ambiente letal»¹³. Tras un primer acercamiento, se aleja de los provincianos círculos literarios sevillanos, reunidos en torno a la revista *Mediodía*. Su amistad con Fernando Villalón, el curioso ganadero-poeta, es más circunstancial que otra cosa. En realidad, aborrece la poesía popular, lo que le alejará no sólo de Alberti, sino de Lorca también en un principio. En el célebre homenaje a Góngora que tendrá lugar en Sevilla en diciembre de 1927, y que servirá de carta de presentación de la generación del mismo año, Cernuda no figurará sino de manera tangencial (alguien leerá unos poemas suyos). Le presentan a algunos de los poetas intervinientes, pero se mantendrá de momento alejado de ese círculo.

←Cernuda con *spleen*, junto a dos jaraneros: Adriano del Valle y Fernando Villalón en el centro. Sevilla, 1928.

Durante 1928, publica en revistas, con buenas críticas, *Égloga* y diversos poemas, luego recogidos en *La realidad y el deseo* como *Égloga, elegía, oda*.

Poesía influida por el simbolismo: Mallarmé, Reverdy, Juan Ramón Jiménez; a la que se añade la influencia de la poesía clásica española, en especial Garcilaso y Fray Luis de León. De una apabullante perfección formal, *Égloga...* supone la culminación y, al mismo tiempo, el canto de cisne de toda una tradición poética clásica, que justo después sufrirá una ruptura irrestañable.



Égloga [fragmento]

Tan alta, sí, tan alta
 En revuelo sin brío,
 La rama el cielo prometido anhela,
 Que ni la luz asalta
 Este espacio sombrío
 Ni su divina soledad desvela.
 Hasta el pájaro cela
 Al absorto reposo
 Su delgada armonía.
 ¿Qué trino colmaría,
 En irisado rizo prodigioso
 Aguzándole lento,
 Como el silencio solo y sin acento?

[...]

Silencio. Ya decrecen
 Las luces que lucían.
 Ni la brisa ni el viento al aire oscuro
 Vanamente estremecen
 Con sus ondas, que abrían
 Surcos tan indolentes de azul puro.
 ¿Y qué invisible muro
 Su frontera más triste
 Gravemente levanta?
 El cielo ya no canta,
 Ni su celeste eternidad asiste
 A la luz y a las rosas,
 Sino al horror nocturno de las cosas.



1928↑

En 1928 un azar desgraciado precipitará los acontecimientos: a resultas de un simple arañazo de gato infectado, muere su madre el 4 de julio de 1928. Se rompe así el último lazo que lo unía a su aborrecida ciudad natal. Cernuda se siente liberado de su pasado. Vende las escasas pertenencias, se despide de la familia y, el 4 de septiembre de 1928, abandona definitivamente Sevilla con dirección a Málaga, donde pasa unos días de septiembre de 1928 con sus amigos y editores Prados y Altolaguirre. Luego marcha a Madrid, donde transcurrirán unas semanas, antes de partir al lectorado de español en Toulouse que, nuevamente, le ha conseguido Salinas. Parte sin nostalgia, con intenso alivio. Ya no regresará a Sevilla más que de manera esporádica, en 1934, durante una de las misiones pedagógicas. En unas anotaciones posteriores, escribirá: «Recuerdo los años pasados en Sevilla. Tiempo perdido, sensación de vacío, de tristeza —años que no fueron míos ni de nadie»¹⁴.

Los recientes intentos de la Sevilla más reaccionaria —de la que él siempre abominó— por recuperarle, se toparán siempre con las sentencias lapidarias del poeta sobre su ciudad:

«Creo que no me pesa abandonar Sevilla; la había agotado ya. Allí además no se está en el mundo —bueno o malo es el mundo y así se acepta— sino en Sevilla tan sólo»¹⁵.

«¿Cabe peor insulto que llamar Sevilla a algo, a alguien?»¹⁶.

«Quisiera pasar unos días ahí. Desde luego no porque desee ver esa putrefacta odalisca que llaman Sevilla sino por verte...»¹⁷.

«En cuanto a los dos libros de Hinojosa, los presté al irme de Fepilla [sic], la ciudad de la grrrasia [sic], la que tiene el virgo sin coño de la propia virgo santísima...»¹⁸.

«Me alegra mucho que vengas pronto a Madrid, no es Sevilla y eso es gran ventaja»¹⁹.

«Sólo de vez en vez, a lo largo del tiempo, un destello de genio la cruza [a Sevilla] calladamente, como en el caso de Bécquer. Por eso quizá el encanto romántico andaluz tenga en esta ciudad un encanto moribundo; es una dorada ruina. Hoy tal vez no sea fácil percibir esto, porque una ola de falsa tradición renovadora la ha venido anegando en los últimos años; se ha disfrazado como para un carnaval. Pero no es más andaluz quien de andaluz se disfraza, sino quien lleva intacto dentro de sí, limpio y seductor, el reflejo de esta tierra misteriosa, perezosa y activa, vívida y soñadora. ¿Qué relación tiene lo otro con Andalucía? Preferibles son mil veces las ruinas, fieles siempre, a ese absurdo y externo andalucismo reciente, de una facilidad repugnante, Vergüenza de todos los gestos, gritos, coplillas y escenas vulgares, compuestas a imitación de algo que nunca fue real. Hace tiempo buscaba yo viejas fotografías sevillanas, comparándolas mentalmente con la ciudad actual. Qué desolación. No tener presente, pase; pero no tenerlo y destruir además el pasado admirable... Refugiémonos, pues, en él»²⁰.

«Bien sabe Dios que no tengo el menor deseo de volver por aquella bendita tierra, donde viví, contra mi voluntad, tan largo tiempo»²¹.

«La sensación de libertad me embriagaba. Estaba harto de mi ciudad nativa, y aún hoy, pasados treinta años, no siento deseo de volver a ella [...] Una constante de mi vida ha sido actuar por reacción contra el medio donde me hallaba. Eso me ayudó a escapar del peligro de lo provinciano, habiendo pasado la niñez y juventud primera en Sevilla, donde la gente pretendía vivir no en una capital de provincia más o menos agradable, sino en el ombligo del mundo, con la falta consiguiente de curiosidad hacia el resto de él»²².

Cernuda, cohibido, junto a dos colosas, en la azotea de la pensión donde vivió sus últimos meses en Sevilla. La incauta de en medio le requería, al parecer, de amores. 1928.↓





MADRID Y LOS PLACERES PROHIBIDOS

«Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos...»
(*Los placeres prohibidos*)

Madrid supondrá para Cernuda una resurrección. Allí, por primera vez, sentirá que vive su propia vida: «Madrid maravilloso. Yo me siento pletóricamente mundano»²³. «Soy madrileño por gusto aunque sevillano por azar»²⁴. Se compra ropa elegante, se viste como un dandi: «...vestido y calzado con refinado esmero, peinado cuidadosamente; si con sombrero, éste de marca; en la mano, endosado, el guante de precio, Luis Cernuda daba en seguida la impresión de una atención elegante en el cuidado de su persona»²⁵, dirá de él Aleixandre.

←Un Cernuda recién llegado a Madrid con Aleixandre ante el Museo del Prado

De este último se hará buen amigo. Así lo describe Aleixandre en su primer encuentro: «Tenía el pelo negro, de un negro definitivo, partido en raya, con hebra suelta y lisa sobre su cabeza. La tez, pálida; escueta la cara, con el pómulo insinuado bajo la piel andaluza. Dominaban allí unos ojos oscuros y un poco retrasados, tan pronto fijos, tan pronto vagos y renunciadores»²⁶. Cernuda, por su parte, nos dejó también su primera impresión de Aleixandre: «apareció un mozo alto, corpulento, rubicundo, de cuya benevolencia amistosa daban pruebas, ambas sonrientes, la entonación de su voz y la mirada de sus ojos azules»²⁷.

De noviembre de 1928 a junio de 1929 vive en **Toulouse**, trabajando de lector de español en la universidad. Visita París por primera vez en Semana Santa de 1929; allí asiste a su primera proyección de cine hablado. Regresa de Francia empapado de surrealismo, jazz y cine; se ha dejado bigotín, a imitación de sus estrellas de la pantalla favoritas, gasta lo poco que tiene en vestirse como un dandy («tan desdeñoso, elegante e impertinente como siempre», lo retrata su protector Pedro Salinas en carta a Jorge Guillén²⁸). Vive de colaboraciones esporádicas en prensa y de una pequeña renta. Su situación económica, como durante casi toda su vida, será precaria. A comienzos de 1930, comienza a trabajar en la librería León Sánchez Cuesta, probablemente por mediación de Salinas, cuñado de la mujer del librero. Traduce también del francés libros de encargo.

A la vuelta de Francia, se ha estrechado su amistad con Aleixandre: «... en Aleixandre hallé entonces la amistad, la camaradería casi completas que antes no hallara en nadie. Las tardes que pasábamos juntos eran uno de los pocos momentos de agrado y distensión con que contaba. Y no sólo era la compañía de Aleixandre; a Federico García Lorca, que sólo había visto una vez en Sevilla, en 1927, le volví a encontrar en casa de Aleixandre, de regreso de su viaje, durante un año, por Estados Unidos y Cuba»²⁹.

En Toulouse, en la primavera de 1929, ha comenzado a escribir *Un río, un amor*, que completará a su regreso a Madrid (y no sería publicado completo hasta la edición de 1936 de *La realidad y el deseo*). En *Un río, un amor*, Cernuda prescinde de manera prácticamente definitiva del metro y de la rima. Es su primer libro plenamente surrealista (*superrealista*, como diría su autor), aunque el surrealismo del poeta sevillano sea *sui generis*: el verso es libre, pero las asociaciones no lo son tanto, sino que están sutilmente dirigidas por la predominancia de un vocabulario, unas imágenes y una atmósfera propios y reconocibles. En cualquier caso, el libro supone una ruptura con su anterior poesía de corte clásico: aparecen aquí el jazz, el cine, el exotismo, cierto humor absurdo, la presencia de la gran ciudad y de la vida moderna. A la ruptura formal corresponde una radicalidad vital y una moral antiburguesa: «Azorín, Valle-Inclán, Baroja, ¿qué es eso? ¿Qué me importa toda esa estúpida, inhumana, podrida literatura española?»³⁰. Cernuda no está solo. Recuérdese que 1929 es también el año de *Poeta en Nueva York* de García Lorca, al que preceden y siguen experimentos parecidos de Prados, Altolaguirre, Hinojosa, etc.

El sevillano se diferencia de todos ellos. Incluso en medio de los descoyuntamientos surrealistas, la ingravidez de su verso y la pureza de su dicción clásica, la vaga melancolía, terminan imponiéndose:

Quizás mis lentos ojos no verán más el sur
De ligeros paisajes dormidos en el aire,
Con cuerpos a la sombra de ramas como flores
O huyendo en un galope de caballos furiosos.

(«Quisiera estar solo en el sur», fragmento)

Algunos de estos poemas se han convertido en clásicos de antología por derecho propio:

Estoy cansado

Estar cansado tiene plumas,
Tiene plumas graciosas como un loro,
Plumas que desde luego nunca vuelan,
Mas balbucean igual que loro.

Estoy cansado de las casas,
Prontamente en ruinas sin un gesto;
Estoy cansado de las cosas,
Con un latir de seda vueltas luego de
[espaldas.

Estoy cansado de estar vivo,
Aunque más cansado sería el estar muerto;
Estoy cansado del estar cansado
Entre plumas ligeras sagazmente,
Plumas del loro aquel tan familiar o triste,
El loro aquel del siempre estar cansado.



↑El núcleo duro —y gay— del 27, y los más resistentes aún, literariamente hablando: Lorca, Cernuda y Aleixandre en 1931.

Madrid supondrá también para Cernuda la reconciliación con su homosexualidad, la mayor fuente de tormentos durante su juventud. Rodeado de compañeros de letras que compartían su misma orientación, como Lorca, Aleixandre o Prados (aunque estas relaciones nunca pasaran a eróticas), Cernuda vivió su «uranismo», como entonces se le denominaba, con absoluta normalidad.

Resulta difícil imaginar al tímido y selectivo sevillano embarcado en la alegre promiscuidad de un Lorca, por ejemplo, pero, aun así, su vida erótica fue más agitada de lo que se piensa. Y desde luego, más pública y notoria que la de sus colegas: así como Aleixandre ocultó celosamente toda su vida su condición y Lorca, más espontáneo en privado, se enmascaraba a la hora de publicar, Cernuda se manifestó desde muy pronto como lo que era. Sus objetos de deseo son reconociblemente, y sin ningún eufemismo, masculinos en sus poemas.

En uno de los borradores de *Ocnos* finalmente desechado, titulado *Epéntismo y epénticos* (palabra que inventó García Lorca para referirse en clave a la homosexualidad), Cernuda declaró sin ambages:

¿Anormalidad? ¿Perversión? ¿Tercer sexo? Tonterías. Aquí y allí, en un tiempo o en otro, en todas partes, el mismo gusto, la misma preferencia [con sus diversos matices encontrados y hasta contrarios], se dio, se da, y se dará siempre, a pesar de rechiflas, a pesar de reprobaciones, a pesar de leyes. Es normal, recto. Y lo que en la naturaleza se da, lo que ella admite, manifestándolo, es normal, recto, canónico [...]

¿Por qué? ¿Por qué el hombre y no la mujer? ¿Por qué Marte y no Adonis? Hoy por hoy nada sabemos respecto a una y otra preferencia. El hombre se forma y no podemos predecir cuáles serán sus gustos sexuales, ni es él responsable de los mismos, como no lo es del color de sus ojos, de su estatura, etc. Aun en éstas, puede haber una predisposición dictada por los padres, pero en los gustos sexuales, no. Durante el proceso de su formación infantil, la preferencia queda formada y él no es responsable de la misma, ni debe sufrir de las consecuencias de la misma³¹.



←1931: Cernuda, Lorca y Aleixandre, cogidos del brazo. Apartado, por si las moscas, el homófobo Dámaso Alonso, «sapo» en definición de Cernuda.

No hace falta esforzarse demasiado para comprender el valor que requería, en la España brutal de la época, reconocerse homosexual (¿acaso no lo requiere todavía?). La homofobia era rampante, incluso en ambientes intelectuales y presuntamente tolerantes. Basten tres botones de muestra: Luis Buñuel, alguien poco sospechoso de

reaccionario, alude en carta de septiembre de 1928 a Pepín Bello, a propósito de los romances de Lorca, a «los poetas maricones y Cernudos de Sevilla»³². El propio Pepín Bello —el fotógrafo de la generación del 27 y compañero de habitación de Lorca en la Residencia de Estudiantes— tampoco se quedaba manco. En un libro de entrevistas, realizadas ya en su senectud (murió con 103 años en 2008) se despachó a gusto:

«PREGUNTA: ¿Qué recuerda usted de Cernuda, otro de los grandes de la Generación del 27?

PEPÍN BELLO: Era un gran escritor, pero nos tratamos menos.

PREGUNTA: ¿Por qué?

PEPÍN BELLO: Quizá por las formas. A mí el homosexual que actúa como homosexual no me cae nada bien. No lo digiero. Es superior a mis fuerzas. Me contaba Rafael Martínez Nadal que cuando encuentran a Cernuda de lector de español en Londres, ya en el exilio, lo vieron tan decaído, tan acabado, tan triste, tan desesperado, tan agotado, tan deprimido, porque había dejado a su amor en España. En fin, lo vieron tan mal, tan mal, tan mal, que reunieron dinero entre todos para traer al novio de Cernuda a Londres. Como una flor a la que se le echa agua, revivió rápidamente. A mí ese tipo de cosas me molestan muchísimo. Como poeta, eso sí, me parece de los mejores»³³.

La última muestra proviene del metafísico Jorge Guillén, quien en carta a Pedro Salinas, ya en el 1948, dispara este perdigonazo macarra: «... sí, somos muy distintos [Cernuda y él]. ¿qué tenemos que ver tú y yo con un marica?»³⁴.

Madrid representará también para Cernuda la toma de conciencia política, de la que hasta entonces no se había ocupado. En abril de 1931, con el andaluz ya plenamente instalado en el círculo de poetas del 27, cae la monarquía y se proclama la Segunda República. El poeta sevillano la recibirá con los brazos abiertos, como tantos otros intelectuales ansiosos de cambio.

Abril del 31 será un mes mágico además para el sevillano por otro motivo: por esas fechas conoce y se inicia su tormentosa relación con Serafín Fernández Ferro, un simpático buscavidas gallego de 18 años (diez menor que el poeta), que alternaba con los escritores del 27 y se prostituía ocasionalmente. La relación apenas durará un año, pero marcará profundamente al escritor, para quien Serafín será ya por siempre el gran amor frustrado de su vida.



Cernuda y el gran amor de su vida, Serafín Fernández Ferro, en el castillo de Cifuentes, Guadalajara, 1932.→

El joven Serafín será un mantenido de Cernuda, no precisamente boyante, y la ruptura sumirá en una profunda crisis al poeta, de la que tardará tiempo en recuperarse. El mantenido, por su parte, terminará actuando en grupos de teatro, e incluso en la película *Sierra de Teruel* (basada en *L'Espoir* y rodada por André Malraux durante la guerra civil), antes de perderse en un oscuro exilio en México, donde murió olvidado y en la miseria a mediados de los 50.

Una tercera razón hará de este abril un mes portentoso en la biografía de Cernuda: durante él, impulsado por el flamante enamoramiento, escribirá casi de un tirón la mayoría de los poemas de *Los placeres prohibidos*, donde la homosexualidad se muestra sin tapujo alguno, algo a lo que nunca se atrevió ni García Lorca.

El amor —tema único del poemario— se presenta como una pasión devoradora, excluyente, que empuja al quebrantamiento de cualquier límite: el del individuo, pero también los límites de las convenciones sociales que lo aprisionan:

No había los límites impuestos,
Límites de metal o papel,
Ya que el azar le hizo abrir los ojos bajo una luz tan alta,
Adonde no llegan realidades vacías,
Leyes hediondas, códigos, ratas de paisajes derruidos.

(«Diré cómo nacisteis»)

El resultado de este quebrantamiento de límites no es, paradójicamente, la liberación, sino la esclavitud consentida del amante:

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
Alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
Como leños perdidos que el mar anega o levanta

Libremente, con la libertad del amor,
La única libertad que me exalta,
La única libertad por que muero.

(«Si el hombre pudiera decir»)

El surrealismo de su anterior libro se manifiesta aquí mitigado por una imaginiería amorosa y una retórica clásica que recuerda, en ocasiones, a nuestra mejor poesía mística:

Tú justificas mi existencia:
Si no te conozco, no he vivido;
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

(«Si el hombre pudiera decir»)

Los placeres... contiene algunos poemas antológicos, que el propio autor tenía entre sus preferidos:

He venido para ver

He venido para ver semblantes
Amables como viejas escobas,
He venido para ver las sombras
Que desde lejos me sonrén.

He venido para ver los muros
En el suelo o en pie indistintamente,
He venido para ver las cosas,
Las cosas soñolientas de aquí.

He venido para ver los mares
Dormidos en cestillo italiano,
He venido para ver las puertas,
El trabajo, los tejados, las virtudes
De color amarillo ya caduco.

He venido para ver la muerte
Y su graciosa red de cazar mariposas,
He venido para esperarte
Con los brazos un tanto en el aire,
He venido no sé por qué;
Un día abrí los ojos: he venido.



(«He venido para ver», fragmento) 1930↑

En 1931, Cernuda deja la librería Sánchez Cuesta y se incorpora al Patronato de **Misiones Pedagógicas**, creado por la nueva República en mayo 1931 para llevar la



cultura a los pueblos más miserables. El poeta se encargará de organizar y proveer las bibliotecas de pueblos perdidos, que se instalan en las escuelas, al cargo del maestro, para uso tanto de los escolares como de los vecinos en general.

←1932, Burgohondo (Ávila): Cernuda en la Misiones Pedagógicas a lomos de... ¿lo llamaría Platero o Juan Ramón?

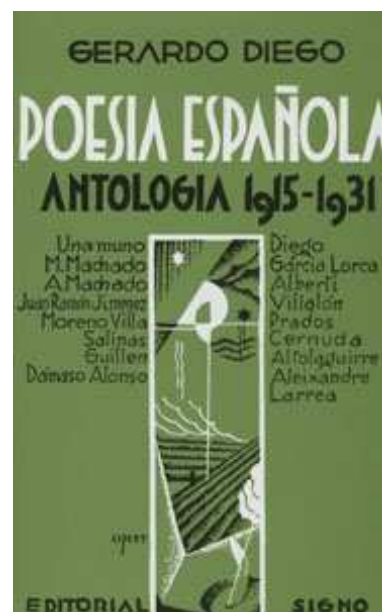
Pero, aburrido del trabajo de despacho, decide incorporarse también a los «misioneros» que se desplazan a los pueblos para montar todo tipo de actividades culturales: representaciones teatrales y de marionetas (en las que el poeta se reveló como brillante guiñolista), proyecciones de cine, conciertos, sesiones de gramófono, y un museo ambulante con reproducciones de célebres cuadros (el «Museo del pueblo»), que son explicados a los lugareños por algunos «misioneros» (labor en la que también se desempeñó Cernuda). Hasta 1936, el Patronato creó 5.500 bibliotecas en poblaciones de menos de 5.000 habitantes³⁵.

El poeta efectuará numerosos viajes, algunas veces en burro, que lo llevarán por los rincones más abandonados de Castilla, Andalucía y el norte del país. Desmintiendo la imagen del poeta enajenado en su exquisita torre, Cernuda conocerá de primera mano la miseria de la España profunda, y se sentirá conmovido e indignado por lo que contempla:

Nuestra presencia, como de ordinario, suscitaba la curiosidad del vecindario, los chicos nos daban escolta a un lado y otro. Siempre nos sorprendía, al recorrer estos pueblos segovianos, la limpieza de los ojos infantiles. Tenían tal brillo y vivacidad que me apenaba pensar cómo al transcurrir el tiempo, la inercia, la falta de estímulo y sordidez del ambiente, ahogarían las posibilidades humanas que en aquellas miradas amanecían³⁶.

Nunca se sentiría más vivo el poeta que en estos años treinta que precedieron a nuestra guerra. El amor, las amistades, el compromiso social, la creación poética, alcanzaron un grado de intensidad y fecundidad que ya no volvería a conocer en el exilio. En 1932, por ejemplo, aparece la importante antología realizada por Gerardo Diego, que tendrá una enorme resonancia y supondrá el espaldarazo nacional a los poetas del 27. Cernuda, por supuesto, está incluido entre sus páginas, lo que significará para el sevillano el primer reconocimiento público de su valía más allá de los círculos literarios. Ese mismo año, en verano, se casan Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, que serán para él como una segunda familia y con los que convivirá prácticamente a diario (incluso terminó mudándose al mismo edificio).

Primera edición (1932) de la antología de Gerardo Diego→



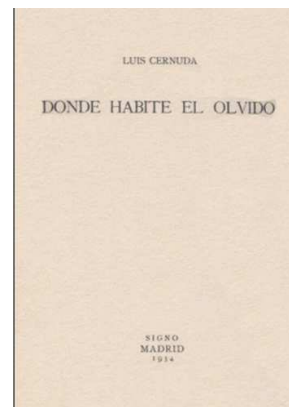
Su círculo de amistades, entretanto, se ensancha: García Lorca, Aleixandre y Altolaguirre en primer lugar, pero también Moreno Villa, Ramón Gaya, Gregorio Prieto, Alberti, Concha de Albornoz, Rosa Chacel, María Zambrano...

También su compromiso político se hace más explícito. En 1933, aparece en *Octubre*, revista dirigida por Rafael Alberti, una contundente declaración de principios suya, precedido por una nota que decía: «Luis Cernuda, poeta andaluz de quien la burguesía no ha sabido comprender su gran valor, se incorpora al movimiento revolucionario»:

Es necesario acabar, destruir la sociedad caduca en la que la vida actual se debate aprisionada. Esta sociedad chupa, agosta, destruye las energías jóvenes que ahora surgen a la luz. Debe dársele muerte; debe destruirse antes de que ella destruya tales energías y, con ellas, la vida misma. Confío para esto en una revolución que el comunismo inspire. La vida se salvará así³⁷.

Cernuda, sin embargo, nunca llegaría a militar en el partido y, a la vuelta de unos años, en plena guerra, se desengañaría del todo ante las actitudes totalitarias que observó entre los comunistas.

En noviembre de 1934, se publica *Donde habite el olvido*, accésit del premio Nacional de poesía de 1933 (lo ganó *La destrucción o el amor* de Aleixandre, para frustración de Cernuda). Anécdotas aparte, el poemario supone un nuevo giro en su escritura, porque el poeta deja atrás con este libro el surrealismo para orientarse decididamente hacia un romanticismo contenido, que será ya el de toda su poesía restante. Se trata de un libro escrito bajo la advocación de Bécquer (de hecho, el título está extraído de un verso de este último), poeta tutelar de Cernuda desde que, siendo niño, hojease una colección de sus versos. El contenido refleja el desengaño amoroso en que le sumió la ruptura con Serafín Ferro. De ahí el tono trágico y desolador con el que, a partir de entonces, se identificará al poeta. El propio Cernuda explicó los orígenes del libro:



En *Ocnos*, «Aprendiendo olvido», me he referido a la anécdota personal que está tras los versos de «Donde habite el olvido». La historia era sórdida, y así lo vi después de haberla sobrepasado [...] Si la sección segunda de *La realidad y el deseo* es una de las que menos me satisfacen en el libro, también es de éstas la sección quinta, «Donde habite el olvido», aunque no por motivos estéticos, como la «Égloga, Elegía, Oda», sino éticos, y su relectura me produce rubor y humillación³⁸.

Donde habite..., sin embargo, contiene algunos de los versos más intensos y desesperados del poeta. El amor, visto en *Los placeres prohibidos* como una fuerza arrolladora, problemática pero también gozosa, es contemplado aquí desde la otra vertiente, la del fracaso y la soledad. Las imágenes de muerte son obsesivas, recurrentes: «No creas nunca, no creas sino en la muerte de todo...» (XVI)

Quiero, con afán soñoliento,
Gozar de la muerte más leve
Entre bosques y mares de escarcha,
Hecho aire que pasa y no sabe.

(V)

El amor se revela siempre ilusorio y destinado al fracaso o la extinción, pero su propia necesidad es inextinguible: “No es el amor quien muere / Somos nosotros mismos...” (XII).

Como la arena, tierra,
Como la arena misma,
La caricia es mentira, el amor es mentira, la amistad es mentira.
Tú sola quedas con el deseo,
Con este deseo que aparenta ser mío y ni siquiera es mío,
Sino el deseo de todos,
Malvados, inocentes,
Enamorados o canallas.

(«Los fantasmas del deseo»)

Cuando la muerte quiera
Una verdad quitar de entre mis manos,
Las hallará vacías, como en la adolescencia
Ardientes de deseo, tendidas hacia el aire.

(VII)

En uno de sus últimos poemas, de 1960 («Pregunta vieja, vieja respuesta»), expresará la misma idea con desencantada crudeza:

Mas si muere el amor, no queda libre
El hombre del amor: queda su sombra,
Queda en pie la lujuria.

Sólo el olvido se vislumbra como único consuelo:

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

(I)

Pero el olvido poco puede hacer frente a la presencia obsesiva del recuerdo de lo perdido:

Aún va conmigo como una luz lejana
Aquel destino niño,
Aquellos ojos juveniles,
Aquella antigua herida.

(XI)

Estás conmigo como están mis ojos en el mundo,
Dueños de todo por cualquier instante;
Mas igual que ellos, al hacer la sombra, luego vuelvo,
Mendigo a quien despojan de su misma pobreza,
Al yerto infierno de donde he surgido.

(XIII)



↑1935, grupo salvaje: de izquierda a derecha, Bergamín, Alberti, Neruda, Cernuda y Altolaguirre. Obsérvese que sólo un año después, caminando por Madrid con ese aspecto se hubieran arriesgado a un «paseo» con final en una cuneta.

Abunda en este romanticismo Cernuda con su siguiente poemario, *Invocaciones* (1934-1935), donde está muy presente el descubrimiento y traducción de la poesía de Hölderlin, que tendrá honda influencia en su escritura. *Invocaciones* amplía la temática de sus versos, apartándose de la estrechez de miras tanto del surrealismo como de la poesía pura. Acorde con esta ampliación de contenidos, también crece la propia factura poética; influido por Hölderlin, se lanza a poemas de gran aliento, con gran número de estrofas y verso dilatado y majestuoso:

Al comenzar dichos poemas, cansado de los poemitas breves de Machado y Jiménez, poetas que habían perdido quizá el sentido de la composición, percibí que la materia a informar en ellos exigía mayor dimensión, mayor amplitud; al mismo propósito ayudaba el que por entonces me sintiera capaz (perdónese me la presunción) de **decirlo todo en el poema**, frente a la limitación mezquina de aquello que en los años inmediatos anteriores se llamó poesía «pura»³⁹.

El mar, una de las grandes querencias del poeta, reaparece en varios poemas como símbolo del deseo renovado y cambiante, así como emblema del cuerpo amado:

¿Eras emanación del mar cercano?
 Eras el mar aún más
 Que las aguas henchidas con su aliento,
 Encauzadas en río sobre tu tierra abierta,
 Bajo el inmenso cielo con nubes que se orlaban de rotos
 resplandores.

(«A un muchacho andaluz»)

También el paganismo, que siempre había estado latente en Cernuda, se hace más explícito. Como siempre que se ha querido plantear una alternativa radical al cristianismo y sus secuelas laicas —así por ejemplo en Hölderlin, Kleist, Nietzsche, Pessoa, Rilke...—, la voz del mundo pagano (que es la voz de la fidelidad a la tierra, a la fuerzas naturales y la belleza de lo creado, la del rechazo de cualquier trascendencia religiosa y la aceptación trágica de la fugacidad de lo humano) resurge con fuerza en Occidente:

Porque nunca he querido dioses crucificados,
 Tristes dioses que insultan
 Esa tierra ardorosa que te hizo y te deshace.

(«A un muchacho andaluz»)

Hermosas y vencidas soñáis,
 Vueltos los ciegos ojos hacia el cielo,
 Mirando las remotas edades
 De titánicos hombres,
 Cuyo amor os daba ligeras guirnaldas
 Y la olorosa llama se alzaba
 Hacia la luz divina, su hermana celeste.

Reflejo de vuestra edad, las criaturas
 Adictas y libres como el agua iban:
 Aún no había mordido la brillante maldad
 Sus cuerpos llenos de majestad y gracia.

(«A las estatuas de los dioses»)

El amor —que ha sido desplazado como tema omnipresente— es devaluado como una ficción sentimental e intelectual, un falso ídolo tras cuyo derribo, se expande la anarquía salvaje del deseo. Algunos poemas reflejan el escepticismo sentimental y la agitada vida erótica del poeta por esas fechas, salteada de relaciones fugaces:

Quiero vivir cuando el amor muere;
 Muere, muere pronto, amor mío.
 Abre como una cola la victoria purpúrea del deseo,
 Aunque el amante se crea sepultado en un súbito otoño,
 Aunque grite:
 «Vivir así es cosa de muerte».

[...]

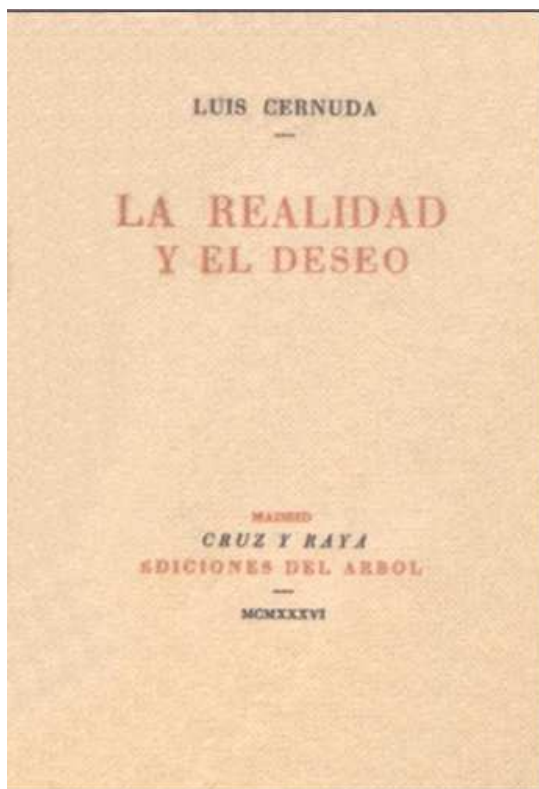
Jóvenes sátiros
 Que vivís en la selva, labios risueños ante el exangüe dios
 cristiano,
 A quien el comerciante adora para mejor cobrar su
 mercancía,
 Pies de jóvenes sátiros,
 Danzad más presto cuando el amante llora,
 Mientras lanza su tierna endecha

De: «Ah, cuando el amor muere».
 Porque oscura y cruel la libertad entonces ha nacido;
 Vuestra descuidada alegría sabrá fortalecerla,
 Y el deseo girará locamente en pos de los hermosos
 cuerpos
 Que vivifican el mundo un solo instante.

(«*Dans ma péniche*»)

Pese a contar con grandes poemas («*Dans ma péniche*», «El joven marino», «Himno a la tristeza», «A las estatuas de los dioses») y a la perfección formal portentosa de todos ellos, *Invocaciones* adolece de cierta inclinación a la grandilocuencia que no pasaría desapercibida al infalible sentido autocrítico del sevillano:

Se nota también, en el tono de los mismos, ampulosidad; de ahí que me parezca absurda la pretensión de algunos de que «El Joven Marino» sea el poema mejor que haya escrito. En realidad, si les parece así es a causa de esos dos defectos que acabo de indicar, garrulería y ampulosidad, que tan característicos son de nuestros gustos literarios tradicionales⁴⁰.



←Primera edición de *La Realidad y el Deseo*, Madrid, 1936

Tras el bienio derechista (1934-1936), en que el gobierno recorta el presupuesto de las Misiones Pedagógicas y hace prácticamente desaparecer el de bibliotecas (¿a qué nos suena eso?), acontece la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Se radicaliza el ambiente político, mientras pistoleros diestros y zurdos se apoderan de las calles.

En este clima de inseguridad se produce la consagración de Cernuda. Gracias a los buenos oficios de Bergamín, director de las Ediciones del Árbol de Cruz y Raya, y de Altolaguirre, impresor vocacional, el 1 de abril de 1936 se publica al fin la recopilación de toda la poesía del sevillano, bajo el título común *La Realidad y el Deseo*.

El propio poeta explicaría los términos de este antagonismo en una conferencia pronunciada antes de su primera lectura poética, en enero de 1935:

A partir de entonces comencé a distinguir una corriente simultánea y opuesta dentro de mí: hacia la realidad y contra la realidad, de atracción y de hostilidad hacia lo real. El deseo me llevaba hacia la realidad que se ofrecía ante mis ojos como si sólo con su posesión pudiera alcanzar certeza de mi propia vida. Mas como esa posesión jamás la he alcanzado sino de modo precario, de ahí la corriente contraria, de hostilidad ante el irónico atractivo de la realidad. Puesto que, según parece, ésta o parecida ha sido también la experiencia de algunos filósofos y poetas que admiro, con ellos concluyo que la realidad exterior es un espejismo y lo único cierto mi propio deseo de poseerla. Así pues, la esencia del problema poético, a mi entender, la constituye el conflicto entre realidad y deseo, entre apariencia y verdad...⁴¹

Esta vez las críticas elogiosas no se hacen esperar: Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Altolaguirre, García Lorca..., todos la ensalzan como una obra capital de nuestra poesía. El 19 de abril de 1936 tiene lugar, en el restaurante Casa Rojo (aún existente, junto a la plaza Mayor, con el nombre de Los Galayos), el famoso homenaje que se tributa al poeta con motivo de su publicación, y que se convertirá en la última comparecencia pública del grupo del 27, antes de que la guerra y luego el exilio los disperse por el mundo. En aquella histórica ocasión, a pocos meses de su asesinato, Federico García Lorca declaró:

La aparición del libro *La Realidad y el Deseo* es una efemérides importantísima en la gloria y el paisaje de la literatura española [...] *La Realidad y el Deseo* me ha vencido con su perfección sin mácula, con su amorosa agonía encadenada, con su ira y sus piedras de sombra. Libro delicado y terrible al mismo tiempo, como un clave pálido que manara hilos de sangre por el temblor de cada cuerda⁴².



↑19 de abril de 1936, homenaje a Cernuda: el grupo del 27, casi en pleno, en su último momento de gloria pública, antes de la tragedia. En medio de la general alegría, un Cernuda ensimismado, como si la cosa no fuera con él. De pie, de izquierda a derecha, los grandes nombres: Aleixandre, García Lorca, Salinas, Alberti, Neruda, Bergamín, Altolaguirre y María Teresa León, mujer de Alberti.

Cernuda, por desgracia, disfrutará poco tiempo de la gloria. Tres meses después, los fascistas hacen estallar la guerra, y un poeta melancólico y contenido es lo último que se necesita. En julio de 1936, marcha a París como secretario de Álvaro de Albornoz, recién nombrado embajador en la capital francesa, y padre de su íntima amiga Concha de Albornoz, que le consigue el puesto. En cierto modo, se trata de la situación soñada toda su vida: un trabajo diplomático en su ciudad favorita. La realidad nuevamente frustrará su deseo: La Pasionaria acusa a la embajada en París de ser un coladero de espías y Albornoz es destituido de manera fulminante. Cernuda regresa a Madrid en septiembre de 1936 para enterarse de que su amigo del alma, García Lorca, ha sido asesinado en Granada.

El poeta debe abandonar además su querida vivienda de la calle Viriato (la única morada propia que tuvo), en cuyas cercanías pronto comenzarán a caer los proyectiles, y se trasladará a la más segura sede de la Alianza de Escritores y Artistas Antifascistas, dirigida por Alberti y Bergamín. Tras un breve paso por el batallón Alpino (él, que aborrecía la montaña), con el que no llegará a entrar en combate, en febrero de 1937 le



licencian y regresa al palacio de la calle Marqués del Duero, sede de la Alianza, donde convivirá con numerosos escritores e intelectuales españoles y extranjeros, y colaborará en diversas publicaciones, adscrito al Subcomisariado de Propaganda.

←Cernuda en plena guerra, 1936, disfrazado con mono: la elegancia resultaba peligrosa

En abril de 1937 se traslada a Valencia, donde ya se encontraba el gobierno, y participa en la redacción de la revista *Hora de España*, junto con Altolaguirre, Gil-Albert y un nutrido plantel de los mejores escritores defensores de la República. Allí publicará algunos de los poemas escritos entonces, como la «**Elegía a un poeta muerto**», dedicada a Lorca, una de sus obras más emocionantes, donde su lengua adquiere acentos terribles. Toda la rabia acumulada del dolor se desborda no sólo sobre quienes le asesinaron, sino sobre una sociedad embrutecida y violenta, que se revuelve con saña contra cualquiera que le recuerde su miseria, y en especial contra los poetas, su víctima propiciatoria favorita:

Así como en la roca nunca vemos
La clara flor abrirse,
Entre un pueblo hosco y duro,
No brilla hermosamente
El fresco y alto ornato de la vida.
Por eso te mataron, porque eras
Verdor en nuestra tierra árida
Y azul en nuestro oscuro aire.

Leve es la parte de la vida
Que como dioses rescatan los poetas.
El odio y destrucción perduran siempre
Sordamente en la entraña
Toda hiel sempiterna del español terrible,
Que acecha lo cimero
Con su piedra en la mano.

Triste sino nacer
Con algún don ilustre
Aquí, donde los hombres
En su miseria sólo saben
El insulto, la mofa, el recelo profundo
Ante aquel que ilumina las palabras opacas
Por el oculto fuego originario.



La elegía apareció en el verano de 1937 en la revista *Hora de España*. Le faltaba una estrofa, censurada por el comunista Ministerio de Instrucción Pública, alusiva a la homosexualidad del asesinado, confirmando de paso la tesis del poema: los fascistas y los comunistas se daban la mano, por encima de sus diferencias, en un odio idéntico hacia el poeta y el diferente. La estrofa en cuestión reza así:

Aquí la primavera luce ahora.
Mira los radiantes mancebos
Que vivo tanto amaste
Efímeros pasar juntos al fulgor del mar.
Desnudos cuerpos bellos que se llevan
Tras de sí los deseos
Con su exquisita forma, y sólo encierran
Amargo zumo, que no alberga su espíritu
Un destello de amor ni de alto pensamiento.

En julio de 1937 se celebra el **II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas**, que atraerá a Valencia a señeros intelectuales y escritores del mundo entero (Hemingway, Malraux, Louis Aragon, Tristan Tzara, César Vallejo...). El ambiente está enrarecido: un par de meses antes, en mayo, se ha desencadenado en Barcelona la vergonzosa persecución comunista de trostkistas y anarquistas. También en Valencia, la policía del partido efectúa purgas indiscriminadas, que afectarán a sus queridos amigos Concha de Albornoz y Víctor Cortezo. Ambos se librarán por los pelos, pero a Cernuda se le abren los ojos sobre la realidad, tan distante del deseo, del estalinismo. Muchos años más tarde, en 1961, evocará el incidente y la atmósfera policíaca en un poema:

A diario, en el hotelucho
En que ambos parabais,
Oías a medianoche
El ascensor, subiendo
Al piso donde algún sacripante del Partido
Subía por nueva víctima.

Él mismo, una mañana
No se hallaba en su cuarto,
De donde le llevaron cuando la madrugada.
Peregrinaste en su busca
Delegaciones, oficinas innúmeras,
Desesperando por su vida,
Sujeta, como todas las vuestras,
A aquella muerte entonces
Más que ordinariamente perentoria.

Y lo encontraste luego vivo,
De regreso en su cuarto,
Saludándote con un dicho risueño,
Uno de aquellos que solía
Regalarte, precioso
Entre tanta desolación, temores tantos.
Un polizone desde entonces,
A espera abajo, en el vestíbulo,
Seguir solía afuera vuestros pasos.

(«Amigos: Víctor Cortezo», *Desolación de la Quimera*)



No todo fueron zozobras, sin embargo. Durante el Congreso, se representa, en homenaje a Lorca, su *Mariana Pineda*, dirigida por su amigo Manuel Altolaguirre y en la que Cernuda representará el protagonista masculino, Don Pedro, al parecer con buenas críticas. Los ensayos y la convivencia con amigos y actores serán los últimos momentos felices del poeta en su tierra, antes de marchar al exilio.

Otro de aquellos momentos felices, será el breve encuentro con un joven Octavio Paz, doce años menor, que acude al Congreso con su mujer Elena Garro. Será el comienzo de una intensa amistad que durará toda la vida del sevillano. Paz, que ya era admirador del poeta, se convertirá en amigo devoto y benefactor incansable de Cernuda durante su exilio en México; y tras su muerte, en uno de sus comentaristas más lúcidos.

Un joven y recién casado Octavio Paz (23 años), con su mujer Elena Garro, en Valencia, durante el Congreso de Intelectuales de 1937.



↓Últimas alegrías antes del exilio, julio de 1937: Cernuda (tercero por la izquierda) en Valencia, con parte de la compañía que representó *Mariana Pineda* ante el II Congreso de Escritores Antifascistas. Manuel Altolaguirre es el segundo por la derecha.



En octubre de 1937, Cernuda regresa a Madrid, a la sede de la Alianza, desengañado políticamente ante lo presenciado en Valencia:

Al principio de la guerra, mi convicción antigua de que las injusticias sociales que había conocido en España pedían reparación, y de que ésta estaba próxima, me hizo ver en el conflicto no tanto sus horrores, que aún no conocía, como las esperanzas que parecía traer para lo futuro. Desnudas frente a frente vi, de una parte, la sempiterna, la inmortal reacción española, viviendo siempre, entre ignorancia, superstición e intolerancia, en una Edad media suya propia; y, de otra (yo en pleno *wishful thinking* ['deseo ilusorio']), las fuerzas de una España joven cuya oportunidad parecía llegada. Luego me sorprendería, no sólo la suerte de salir indemne de aquella matanza, sino la ignorancia completa de ella en que estuve, aunque ocurriera en torno mío⁴³.

Pese a que le ofrecen la oportunidad de salir de España, con un lectorado en Oslo, decidirá permanecer en Madrid, aun cuando ya sabe todo perdido:

La marcha de los sucesos me hizo ver poco a poco que no había allí posibilidad de vida para aquella España con que me había engañado. Al margen de todo, no pensé en salir de allá, que hubiera sido lógico, dada mi opinión sobre la situación española; todavía me parecía que, trabajando en lo que siempre fuera mi trabajo, la poesía, estaba al menos al lado de mi tierra y en mi tierra⁴⁴.

En una primera versión del anterior párrafo, finalmente descartada, Cernuda se mostraba más explícito:

La marcha de los sucesos me hizo ver, poco a poco, cómo en lugar de aquella posibilidad de vida para una España joven, no había allí sino el juego criminal de un partido al que muchos secundaban pensando en su ventaja personal⁴⁵.

Cuando se decida a marchar a Inglaterra, el 14 de febrero de 1938, invitado para un ciclo de conferencias, lo hará pensando en regresar al cabo de un par de meses. No sabe entonces que abandona España para no retornar. Veinte años después recordaría así la partida:

Atrás quedaba tu tierra sangrante y en ruinas. La última estación, la estación al otro lado de la frontera, donde te separaste de ella, era sólo un esqueleto de metal retorcido, sin cristales, sin muros —un esqueleto desenterrado al que la luz postrera del día abandonaba.

¿Qué puede el hombre contra la locura de todos? Y sin volver los ojos ni presentir el futuro, saliste al mundo extraño desde tu tierra en secreto ya extraña⁴⁶.

Dos años antes de su muerte, aún recordaría aquellos días de la guerra en uno de sus poemas más sociales, incluido en *Desolación de la Quimera*:

1936

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,
 Cuando asqueados de la bajeza humana,
 Cuando iracundos de la dureza humana:
 Este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.
 Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.

En 1961 y en ciudad extraña,
 Más de un cuarto de siglo
 Después. Trivial la circunstancia,
 Forzado tú a pública lectura,
 Por ella con aquel hombre conversaste:
 Un antiguo soldado
 En la Brigada Lincoln.

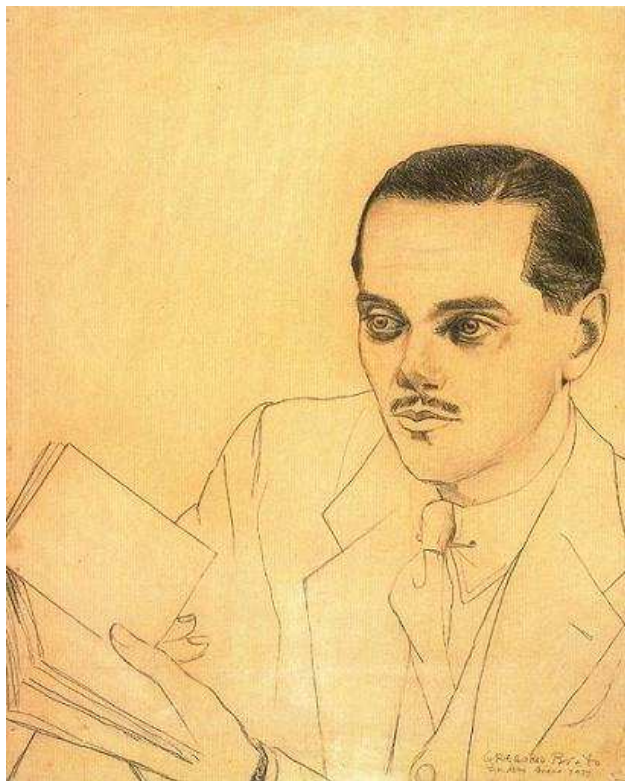
Veinticinco años hace, este hombre,
 Sin conocer tu tierra, para él lejana
 Y extraña toda, escogió ir a ella
 Y en ella, si la ocasión llegaba, decidió apostar su vida,
 Juzgando que la causa allá puesta al tablero
 Entonces, digna era
 De luchar por la fe que su vida llenaba.

Que aquella causa aparezca perdida,
 Nada importa;
 Que tantos otros, pretendiendo fe en ella
 Sólo atendieran a ellos mismos,
 Importa menos.
 Lo que importa y nos basta es la fe de uno.

Por eso otra vez hoy la causa te aparece
 Como en aquellos días:
 Noble y tan digna de luchar por ella.
 Y su fe, la fe aquella, él la ha mantenido
 A través de los años, la derrota,
 Cuando todo parece traicionarla.
 Mas esa fe, te dices, es lo que sólo importa.

Gracias, Compañero, gracias
 Por el ejemplo. Gracias porque me dices
 Que el hombre es noble.
 Nada importa que tan pocos lo sean:
 Uno, uno tan sólo basta
 Como testigo irrefutable
 De toda la nobleza humana.





EL EXILIO: INGLATERRA

«¿España?», dijo. «Un nombre.
España ha muerto» ...
(«Impresión de destierro», *Las nubes*)

Cernuda llega a Inglaterra por vez primera en marzo de **1938**, para pronunciar un ciclo de conferencias que, finalmente, quedarán reducidas a un par de ellas, porque no eran más que un pretexto urdido por su amigo inglés, y fugaz amante, Stanley Richardson, para alejarlo del peligro de la guerra.

←Cernuda en 1939, dibujo de Gregorio Prieto

Una vez desvanecido el señuelo de las conferencias, Richardson le busca un nuevo motivo para mantenerse lejos de España. Cernuda trabajará para las organizaciones inglesas que acogieron a 3000 niños refugiados vascos en mayo de 1938, en una residencia en el campo de un Lord inglés. El escritor se implicó en esta labor, tal vez demasiado. La muerte de uno de aquellos adolescentes vascos, enfermo de leucemia, será superior a unas fuerzas, y dará lugar a su renuncia y, al mismo tiempo, a uno de los poemas más sobrecogedores de *Las nubes*, «Niño muerto». El chico, que sobrellevó la agonía con notable entereza, rechazó en sus últimos momentos al cura y pidió ver, en cambio, al poeta, a quien solicitó que le recitara algún poema. Acabado éste, le anunció: «Ahora, por favor, no se marche, pero me voy a volver a la pared para que no me vea morir». Cosa que hizo en presencia de Cernuda⁴⁷:

De un solo trago largo consumiste
La muerte tuya, la que te destinaban,
Sin volver un instante la mirada
Atrás, igual que el hombre cuando lucha.
Inmensa indiferencia te cubría
Antes de que la tierra te cubriera.

[...]

Volviste la cabeza contra el muro
Con el gesto de un niño que temiese
Mostrar fragilidad en su deseo.
Y te cubrió la eterna sombra larga.
Profundamente duermes. Mas escucha:
Yo quiero estar contigo; no estás solo.

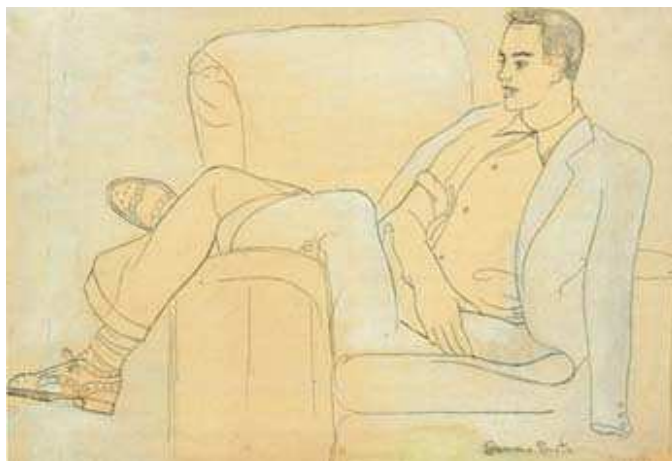
Aislado y deprimido, el escritor abandona Inglaterra en julio y viaja a París con la intención de regresar a España, pero las noticias que allí recibe de la situación le disuaden de ello. «Fue aquella», recordará en *Historial...*, «una de las épocas más miserables de mi vida: sin recursos, como dije, sin trabajo, sólo la compañía y la ayuda de otros amigos y conocidos cuya situación era semejante a la mía, me permitieron escapar y salir adelante»⁴⁸. En estas penosas condiciones, permanecerá en París de julio a septiembre de 1938.

Por fortuna, nuevamente su amigo Richardson (que perecerá en 1940, en un bombardeo en Londres) le consigue trabajo de profesor en la **Cranleigh School**, un internado para niños bien en el condado de Surrey, sur de Inglaterra, aún existente. Entre los profesores renombrados, consultables en Internet, aparece el sevillano al final de una larga lista de jugadores de cricket y de rugby. No es probable que nadie de los que allí enseñan y estudian hoy sepan que, precisamente en su colegio, el poeta español escribiera uno de los poemas más estremecedores de la poesía española: «Lázaro».

Cernuda aguantará apenas un trimestre en la Cranleigh. En enero de 1939, el jefe del departamento español de la **universidad de Glasgow**, un hispanista informado de nuestra literatura de entonces, le ofrece un puesto de profesor. Transcurrirá en Escocia más de cuatro años amargos (de 1939 a 1943); el clima y la grisura de la ciudad y de las gentes le pueden. Su inglés, para colmo, es muy deficiente (el sevillano no posee la facilidad para los idiomas de su admirado Rimbaud) y, esto unido a su natural retraimiento, terminan por aislarle. El sueldo es escaso y el racionamiento impuesto por la recién estallada guerra mundial empeora las cosas. Cernuda se comunica con colegas franceses (en francés) y pronto se distancia del jefe de su departamento y de los otros británicos. Dejará una estampa cruda del lugar en varios pasajes de su obra, como en este de *Ocnos*:

Esta ciudad ha sido cárcel tuya varios años, excepto para el trabajo, inútiles en tu vida, agostando y consumiendo la juventud que aún te quedaba, sin recreo ni estímulo exterior, igual aridez en los seres y en las cosas. Como la ciudad es, fachadas rojas manchadas de hollín, repitiéndose disminuidas en la perspectiva, cofre chino que dentro encerrara otro, y éste otro, y éste otro, así los seres que en ella habitan: monotonía, vulgaridad repelente en todo. ¿Cómo llenar las horas de esta existencia sin fondo?⁴⁹

Cernuda en 1940, dibujo de Gregorio Prieto→



Visita con frecuencia, para resarcirse, a los escasos amigos que ha podido encontrar en Inglaterra: el pintor Gregorio Prieto, el periodista Rafael Martínez Nadal en Londres, y en Oxford, a Salvador de Madariaga y a su hija Nieves Matthews. También la correspondencia con Octavio Paz y con su íntima amiga Concha de Albornoz, profesora en Nueva Inglaterra, le ayudarán a sentirse menos aislado. Paz además le publica en su revista mexicana *El hijo pródigo*.

El verdadero consuelo, sin embargo, le llegará de la creación literaria. Nunca fue más cierto como en este periodo lo que el sevillano escribió en una carta: «Lo que favorece al poeta, perjudica al hombre»⁵⁰. En medio de la amargura del exilio y de un futuro incierto, Cernuda se vuelca en la creación literaria y convierte aquellos años en unos de los más fecundos de su escritura. De 1938 a 1943 completa *Las nubes* (iniciado en España) y la mayor parte de *Como quien espera el alba*. Publica además los poemas en prosa de *Ocnos*, y redacta ensayo, narraciones y traducciones diversas.

A pesar de no que no fuera dorado, en ningún momento de su largo exilio se le ocurrió pensar en el retorno. Desde Glasgow, le escribe a su amiga Concha Méndez, mujer de Altolaguirre: «Uno y otro bando político no me inspiran ya sino horror y asco. Por los españoles siento la más profunda compasión; merecerían mejor suerte»⁵¹. Sin embargo, siempre supo diferenciar con claridad a los verdaderos enemigos, como prueba otra carta, también desde Glasgow, a Nieves Matthews, hija de Salvador de Madariaga:

... sólo el nombre de franquista basta para levantar una ola de asco y repulsión en mis sentimientos. Para mí el levantamiento es responsable no sólo de la muerte de miles de españoles, de la ruina de España y de la venta de su futuro, sino que todos los crímenes y delitos que puedan achacarse a los del lado opuesto fueron indirectamente ocasionados también por los franquistas. El pueblo es ciego y brutal, todos lo saben, por eso no debe dársele ocasión de que se manifieste como tal, ni provocarle⁵².

Y todavía en una fecha tan tardía como 1958, le escribe al poeta portugués Eugénio de Andrade: «No es probable que yo vaya por España; el recuerdo que de mi tierra guardo (aunque me parezca bastante hermosa), así como de mis paisanos, es poco agradable»⁵³. Ese mismo año, dejó escrito en «Historial de un libro»: «Volver a mi tierra, ni pensaba en ello; poco a poco se consumaba la separación espiritual, después de la material, entre España y yo»⁵⁴.

Y por si no quedaba claro, al final de su vida, un año antes de su muerte, cuando las nostalgias del transterrado se agudizan, escribe a un amigo que le anima al retorno: «No he pensado jamás, ni pienso, en volver por ahí»⁵⁵.



←T. S. Eliot: «...poeta que admiro y conozco bien... La persona me ha repelido»⁵⁶.

El exilio será benéfico, sin embargo, en otro respecto: el influjo de la literatura inglesa en la escritura de Cernuda se revela capital. La natural entonación contenida del autor se extrema y cierta tendencia a la suntuosidad, de la que adolecía anteriormente, se compensa con un lenguaje más coloquial y lacónico, que roza en ocasiones lo lapidario. Cernuda, que había aborrecido de siempre el énfasis y el patetismo, tan habituales en nuestra lírica, conectará de manera inmediata con

la poesía inglesa, de la que se empapa durante su estancia:

Pronto hallé en los poetas ingleses algunas características que me sedujeron: el efecto poético me pareció mucho más hondo si la voz no gritaba ni declamaba, ni se extendía reiterándose, si era menos gruesa y ampulosa⁵⁷.

Nunca dejará de mostrarse agradecido y de reconocer esta influencia inglesa en la maduración de su escritura:

La estancia en Inglaterra corrigió y completó algo de lo que en mí y en mis versos requería dicha corrección y compleción. Aprendí mucho de la poesía inglesa, sin cuya lectura y estudio mis versos serían hoy otra cosa, no sé si mejor o peor, pero sin duda otra cosa⁵⁸.

Blake, Keats, Browning, Yeats y Eliot, entre otros, serán influencias decisivas a partir de entonces. Él mismo analizó con notable agudeza la naturaleza de este influjo:

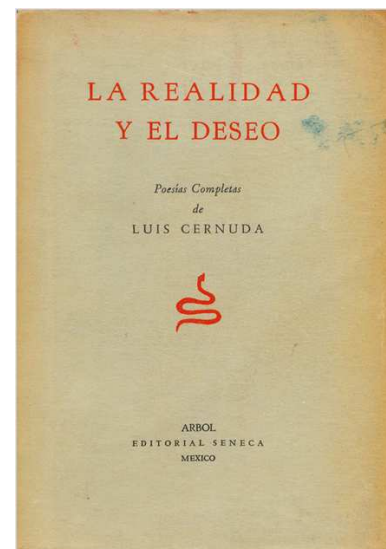
Aprendí a evitar, en lo posible, dos vicios literarios que en inglés se conocen, uno, como *pathetic fallacy* (creo que fue Ruskin quien lo llamó así), lo que pudiera traducirse como engaño sentimental, tratando de que el proceso de mi experiencia se objetivara, y no deparase sólo al lector su resultado, o sea, una impresión subjetiva; otro como *purple patch* o trozo de bravura, la bonitura y lo superfino en la expresión...⁵⁹

El uso de un lenguaje coloquial, que no se arredra ante ningún asunto, por prosaico que parezca, dará lugar a esa «desesperación sin aspavientos», como la definió el poeta Tomás Segovia, que marcaría el tono de nuestra poesía actual a partir de Jaime Gil de Biedma. Al mismo tiempo, Cernuda introducirá un tipo de poema narrativo y dramático, de tradición en las letras inglesas, pero inédito hasta entonces en nuestra literatura:

Algo que también aprendí de la poesía inglesa, particularmente de Browning, fue el proyectar mi experiencia emotiva sobre una situación dramática, histórica o legendaria (como en «Lázaro», «Quetzalcóatl», «Silla del Rey», «El César»), para que así se objetivara mejor, tanto dramática como poéticamente⁶⁰.

Las nubes, comenzado en España en plena guerra civil y concluido en Glasgow, es el primero de sus libros en que se proyecta esta nueva poética sobria y objetiva, que ya será en adelante la suya. Aparecerá publicado por Bergamín en 1940, en la segunda edición mejicana de *La Realidad y el Deseo*.

Las nubes es quizá el poemario más variado en temática y formas poéticas, y por ello más equilibrado, de *La Realidad y el Deseo*. Hay allí poemas breves y largos, versos de arte menor y arte mayor; poemas dramáticos («Adoración de los Magos», «Resaca en Sansueña»), históricos («A Larra con unas violetas», «El ruiseñor sobre la piedra»), narrativos («Lázaro») y puramente líricos («Scherzo para un elfo», «Jardín antiguo»); poemas que hablan de la nostalgia de la tierra perdida («Elegía española II») y otros que tratan de las duras circunstancias del destierro («Impresión de destierro», «Cementerio en la ciudad», «Gaviotas en los parques»). El propio Cernuda, en una carta tardía a Camilo José Cela, seleccionó de este libro, para una posible antología, más piezas que de ningún otro.



Segunda edición de *La realidad y el Deseo*, México, 1940→

«Lázaro», uno de los poemas preferidos del autor y de cualquier lector de Cernuda, es una muestra impecable de este nuevo procedimiento de objetivar sus experiencias, que Cernuda inicia en el exilio. En sus versos, el alivio personal que encuentra el poeta al asentarse en Cranleigh, tras un tiempo de errancia e incertidumbre («aquella sorpresa desencantada, como si, tras de morir, volviese otra vez a la vida»⁶¹), se transpone en la historia bíblica de Lázaro, que cobra un nuevo sentido: esta vez se trata de una resurrección forzada, involuntaria, de alguien que quizás hubiera preferido permanecer en la inopia de la muerte. Lo que podría haber sido un lamento lírico más de un exiliado, se convierte, por mor de la distancia narrativa y de la proyección en unos personajes que todos sentimos como propios, en un desasosegante vuelco del mito de la resurrección.

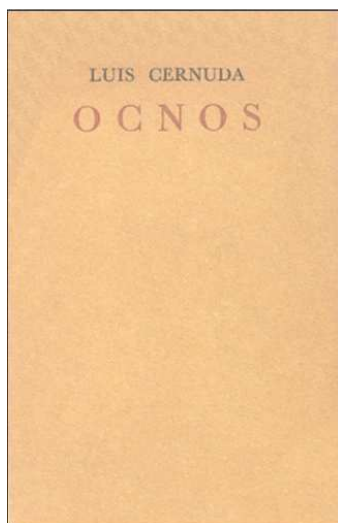
Alguien dijo palabras
De nuevo nacimiento.
Mas no hubo allí sangre materna
Ni vientre fecundado
Que crea con dolor nueva vida doliente.
Sólo anchas vendas, lienzos amarillos
Con olor denso, desnudaban
La carne gris y flácida como fruto pasado;
No el terso cuerpo oscuro, rosa de los deseos,
Sino el cuerpo de un hijo de la muerte.

El cielo rojo abría hacia lo lejos
Tras de olivos y alcores;
El aire estaba en calma.
Mas temblaban los cuerpos,
Como las ramas cuando el viento sopla,
Brotando de la noche con los brazos tendidos
Para ofrecerme su propio afán estéril.
La luz me remordía

Y hundí la frente sobre el polvo
Al sentir la pereza de la muerte.

Quise cerrar los ojos,
Buscar la vasta sombra,
La tiniebla primaria
Que su venero esconde bajo el mundo
Lavando de vergüenzas la memoria.
Cuando un alma doliente en mis entrañas
Gritó, por las oscuras galerías
Del cuerpo, agria, desencajada,
Hasta chocar contra el muro de los huesos
Y levantar mareas febriles por la sangre.

(fragmento)



En 1942, se publica en Londres, en una editorial dirigida por otro exiliado, *Ocnos*, evocaciones de la infancia y juventud sevillanas del poeta, escritas desde la lejanía de su exilio inglés, en prosa poética, un género poco frecuentado en nuestro país. El libro se irá ampliando con nuevos poemas que abarcan otras etapas de su vida. Conocerá una segunda edición —censurada— en España en 1949, y una tercera —póstuma, aunque preparada por su autor— en Méjico, en 1963.

El poema en prosa de Cernuda retiene las características de su lírica: el pudor y la contención, la tersura clásica, la ausencia de énfasis y subrayado...; pero le permite ser más explícito y discursivo, más próximo al lector también.

←Primera edición de *Ocnos*, Londres, 1942

Al igual que ha sucedido con el resto de su obra no lírica (ensayos, narraciones, traducciones, correspondencia, etc), dejadas a la sombra de la mole de *La Realidad y el Deseo*, *Ocnos* se ha ido revalorizando con el tiempo hasta convertirse en el “otro” clásico de Cernuda.

Uno de sus poemas más hermosos es el dedicado (él, que las utilizó tanto) a las bibliotecas:

Cuántos libros. Hileras de libros, galerías de libros, perspectivas de libros en este vasto cementerio del pensamiento, donde ya todo es igual, y que el pensamiento muera no importa. Porque también mueren los libros, aunque nadie parezca apercibirse del olor (quizá abunda por aquí literatura francesa, con sus modas que sólo contienen muerte) exhalado por tantos volúmenes corrompiéndose lentamente en sus nichos. ¿Era esto lo que ellos, sus autores, esperaban?

Ahí está la inmortalidad para después, en la cual se han resuelto horas amargas que fueron vida, y la soledad de entonces es idéntica a la de ahora: nada y nadie. Mas un libro debe ser cosa viva, y su lectura revelación maravillada tras de la cual quien leyó ya no es el mismo o lo es más de como antes lo era. De no ser así el libro, para poco sirve su conocimiento, pues el saber ocupa lugar, tanto que puede desplazar a la inteligencia, como esta biblioteca al campo que antes aquí había.

Que la lectura no sea contigo, como sí lo es con tantos frequentadores de libros, leer para morir. Sacude de tus manos ese polvo bárbaramente intelectual, y deja esta biblioteca, donde acaso tu pensamiento podrá momificado alojarse un día. Aún estás a tiempo y la tarde es buena para marchar al río, por aguas nadan cuerpos juveniles más instructivos que muchos libros, incluidos entre ellos algún libro tuyo posible. Ah, redimir sobre la tierra, suficiente y completo como un árbol, las horas excesivas de lectura.⁶²

En 1943 le ofrecen un puesto de lector de español en **Cambridge** y no se lo piensa dos veces: en julio se marcha de Glasgow («rara vez me he ido tan a gusto de sitio alguno»⁶³) y entra a vivir en Emmanuel College. En aquel escenario tan señorial, donde



imparten clase Bertrand Russell y Wittgenstein, rodeado de los árboles que ama, Cernuda vivirá razonablemente contento. Las clases son reducidas y el temario a su gusto (poesía de nuestro Siglo de Oro). Incluso volverá a enamorarse y a vivir una pasión efímera por alguien que permanece anónimo:

Sin esperarle, contra el tiempo,
Nuevamente ha venido,
Rompiendo el sueño largo
Por cuyo despertar te aparecería
La muerte sólo...

(«Cuatro poemas a una sombra, 1. La ventana», *Vivir sin estar viviendo*)

«Era un caballero en una época en que el caballero inglés ya no existía», dirá de él un alumno, muchos años después⁶⁴.

←Cernuda en Cambridge, 1945, dibujo de Gregorio Prieto

Tras *Las nubes*, sus siguientes poemarios, *Como quien espera el alba* (publicado por Losada en Buenos Aires en 1947, pero escrito

entre 1941 y 1944) y *Vivir sin estar viviendo* (acabado ya en Estados Unidos, en 1949), prolongan las líneas formales y temáticas iniciadas en el primero mencionado, sin apenas variación. Cernuda ha alcanzado la madurez creativa y, con seguridad, al margen de la precariedad y el continuo cambio de las circunstancias en que vive, va dejando caer un cuerpo de poemas asombrosos, de una coherencia y una calidad sin desmayos.

Los feroces ajustes de cuentas con el pasado («La familia», «*Apología pro vita sua*», «Ser de Sansueña») se alternan con delicadas evocaciones llenas de nostalgia («Tierra nativa», «Primavera vieja», «Elegía anticipada»):

Es la tierra imposible, que a su imagen te hizo
Para de sí arrojarte. En ella el hombre
Que otra cosa no pudo, por error naciendo,
Sucumbe de verdad, y como en pago
Ocasional de otros errores inmortales

(«Ser de Sansueña»)

Ahora, al poniente morado de la tarde,
En flor ya los magnolios mojados de rocío,
Pasar aquellas calles, mientras crece
La luna por el aire, será soñar despierto.

(«Primavera vieja»)

El paganismo a lo Hölderlin («El águila», «Ofrenda», «Urania») combina con el prosaísmo y la cotidianidad del destierro («Otros aires», «La partida»):

Es ajeno a vosotros el hastío
De sentirse inmortal. Como las nubes
Ante el disco tranquilo de la luna,
Así las almas de los hombres pasan
Ante los ojos claros de los dioses,
Para dejar tan sólo en el vacío
Brillar más puro el resplandor celeste.

(«El águila»)

Nada suyo guardaba aquella tierra
Donde existiera. Por el aire,
Como error, diez años de la vida
Vio en un punto borrarse.

(«La partida»)

Los grandes monólogos dramáticos con personaje histórico («Quetzalcóatl», «Silla del rey», «El César») no impiden la canción breve y ligera («El andaluz», «El prisionero», «La fecha»):

Y el momento llegó cuando nos fuimos
Por el mar un puñado de hombres;
El mundo era sin límite, igual a mi deseo.
Frente al afán de ver, de ver con estos ojos
Que ha de cegar la muerte, lo demás, ¿qué valía?
Mas este pensamiento a nadie dije
Entre mis compañeros, a quienes hostigaba
La ambición de riqueza y poderío.

(«Quetzalcóatl»)

Sombra hecha de luz,
Que templando repele,
Es fuego con nieve
El andaluz.

(«El andaluz»)

Primera edición de *Como quien espera el alba*, Buenos Aires, 1947→

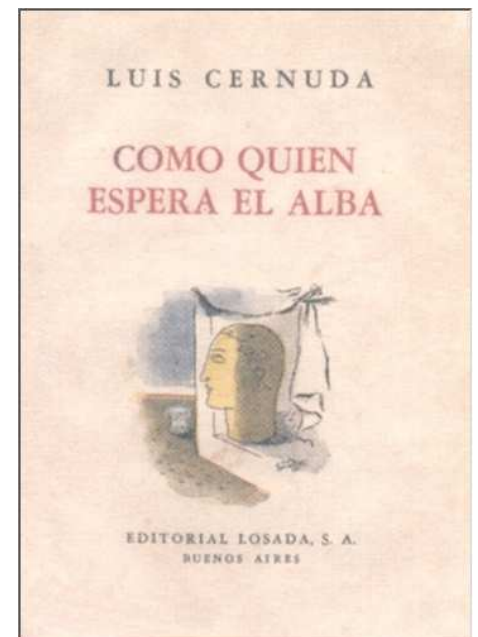
El poema narrativo («Las islas») complementa con el puramente lírico («Los espinos», uno de los favoritos del autor):

La sala estaba oscura (ya caía la tarde).
Sobre la estera había almohadas, un cestillo
Anidando manojos de magnolias mojadas,
De excesiva fragancia. Filtró la celosía
Unas palabras de la calle: «Le encontraron muerto».

Las pensé referidas a un camarada,
Quizá presagio de mi sino. Pero ella,
Atrayéndome a sí, sobre la alfombra
El ropaje tiró, como un cuchillo sin la vaina,
Fría, dura, flexible, escurridiza.

(«Las islas»)

Verdor nuevo los espinos
Tienen ya por la colina,
Toda de púrpura y nieve
En el aire estremecida.



Cuántos ciclos florecidos
 Les has visto; aunque a la cita
 Ellos serán siempre fieles,
 Tú no lo serás un día.

Antes que la sombra caiga,
 Aprende cómo es la dicha
 Ante los espinos blancos
 Y rojos en flor. Ve. Mira.

(«Los espinos»)

La poesía más filosófica y reflexiva («Noche del hombre y su demonio», «Río vespertino») convive con la erótica («Elegía anticipada», «Vereda del cuco», «Cuatro poemas a una sombra»):

Sueño no es lo que al poeta ocupa,
 Mas la verdad oculta, como el fuego
 Subyacente en la tierra. Son los otros,
 Traficantes de sueños infecundos,
 Quienes despiertan en la muerte un día,
 Pobres al fin. ¿De qué le vale al hombre
 Ganar su vida mientras pierde el alma,
 Si sólo un pensamiento vale el mundo?

(«Río vespertino»)

Tal si fuese la vida
 Lo que el amante busca,
 Cuántas veces pisaste
 Este sendero oscuro
 Adonde el cuco silba entre los olmos,
 Aunque no puede el labio
 Beber dos veces de la misma agua,
 Y al invocar la hondura
 Una imagen distinta respondía,
 Evasiva a la mente,
 Ofreciendo, escondiendo
 La expresión inmutable
 La compañía fiel en cuerpos sucesivos,
 Que el amor es lo eterno y no lo amado.

(«Vereda del cuco»)

El último verso hace eco, por cierto, al «No es el amor quien muere, / Somos nosotros mismos», escrito doce años antes en *Donde habite el olvido*; lo que da prueba de la coherencia del pensamiento poético de Cernuda.

Mientras alcanzaba su mayor altura poética, la precariedad de su vida seguía sin cambios. Su contrato de lector en Cambridge es improrrogable y vence en junio de 1945. A falta de algo mejor, acepta un puesto de profesor en el **Instituto Español en Londres**, organización republicana creada por españoles para defender su cultura en el exilio. En Londres, se alojará como huésped de pago en casa de su íntimo amigo, el pintor Gregorio Prieto. Desde la ventana de Cernuda puede contemplarse Hyde Park; cualquiera que conozca la ciudad adivinará lo inmejorable del emplazamiento. Pero el poeta ya no aguanta las grandes aglomeraciones y, pese a la opulenta vida artística londinense, hubiera preferido, de ser posible, permanecer en Cambridge.

Además de con las clases y su poesía, Cernuda ocupa sus ocios con una muy trabajada traducción de *Troilo y Crésida* de Shakespeare. Por esas fechas también (en 1947), su admirado Eliot, que es también un importante editor, rechaza una traducción de poemas de Cernuda. Muy mediocre, desde luego, debía de ser dicha traducción para que el autor de *Cuatro cuartetos* desechase una poesía directamente inspirada en la suya y que tanto la recordaba en muchos aspectos. El sevillano se sintió profundamente dolido, como no podía ser menos.

En marzo de 1947, su amiga Concha de Albornoz le ofrece un puesto de profesor en la universidad femenina en que ella trabaja, Mount Holyoke, en Nueva Inglaterra. Cernuda no se lo piensa; acepta empezar otra vez de cero, pese a que ya cuenta con 45 años y un fardo de decepciones a sus espaldas. Aquel tipo tan retraído y tímido, actuó siempre en las grandes ocasiones de su vida como un lanzado.

Han sido en total nueve años en tierra inglesa, años que le merecen al escritor una valoración ambivalente: mediocres en lo afectivo y vital («Miro para atrás y sólo veo un largo bostezo gris», le confesará a un amigo antes de partir⁶⁵), resultaron ser, en términos intelectuales y de creación literaria, de lo más fructíferos.

Respecto al carácter de Inglaterra y los ingleses, se muestra también ponderado: «mi actitud acerca del país y del carácter nacional seguía siendo ambivalente», dirá en «Historial de un libro»⁶⁶. Para alguien que había escapado de una guerra plagada de atrocidades, proveniente del país de la bravuconería, «el ejemplo del valor sin gestos ni palabras, que es el del inglés», contemplado durante el asedio nazi, no podía sino despertarle admiración. El carácter reservado y frío de las gentes, en cambio —paradójicamente, porque también era el suyo— le repelía.

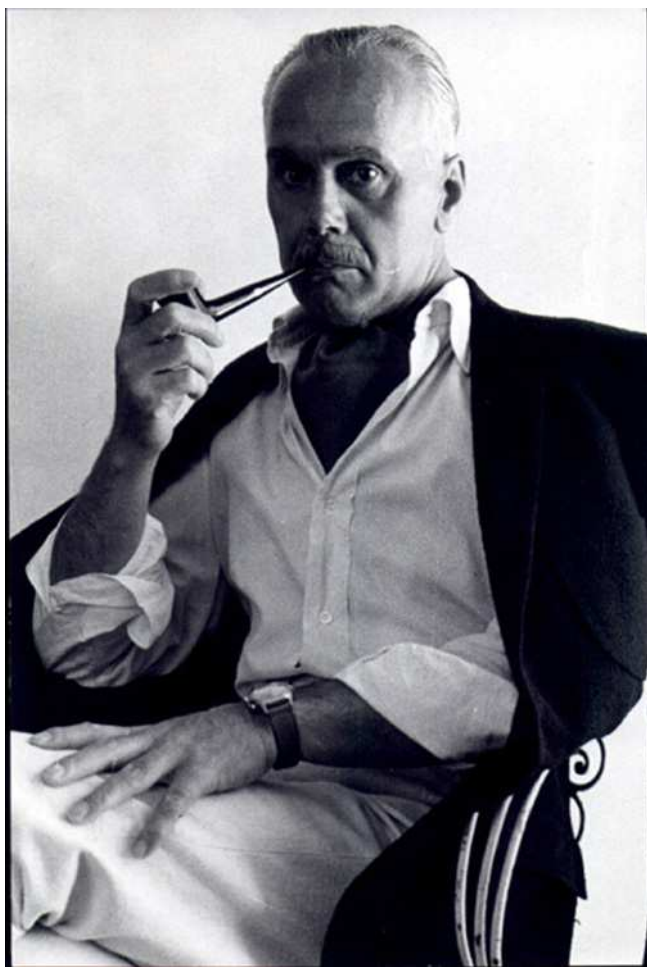
A la hora de dejar hablar al corazón, se mostró más contundente:

Nada suyo guardaba aquella tierra
 Donde existiera. Por el aire,
 Como error, diez años de la vida
 Vio en un punto borrarse.
 [...]
 (Adiós al fin, tierra como tu gente fría,
 Donde un error me trajo y otro error me lleva.
 Gracias por todo y nada. No volveré a pisarte.)

(«La partida», *Vivir sin estar viviendo*)



←Estudiantes y profesores en el Instituto Español de Londres donde trabajó Cernuda (segundo por la izquierda de la última fila)



EL EXILIO: AMÉRICA

«No mires atrás y sigue
Hasta cuando permita el sino...»
(«Otros aires», *Vivir sin estar viviendo*)

Llega Cernuda en septiembre de 1947 a Nueva York, y la abundancia —a él, que venía de dos sociedades destrozadas por la guerra y sometidas aún a racionamiento— le deja deslumbrado:

«...la ciudad verdadera estaba adentro, toda tiendas con escaparates brillantes y tentadores, como juguetes en día de reyes o día del santo, empavesada de banderas bajo un cielo otoñal claro que encendía los colores, alegre con la alegría envidiable de la juventud sin conciencia»⁶⁷.

←Cernuda en Estados Unidos (1948), con su aspecto de «director y productor de cine» y «su pipa nueva de psiquiatra», como lo describe Javier Marías (véase bibliografía); una pipa de la que no se desprendería ni en el último instante.

Mount Holyoke, uno de los *colleges* (universidades) femeninas más prestigiosos del país (Emily Dickinson asistió como alumna y Auden y Joseph Brodsky dieron clases en ella), situado en un entorno idílico y campestre del estado de Massachussets, Nueva Inglaterra, no es mal sitio para acabar los días de uno y el sevillano pareció entenderlo así en un principio: «Mount Holyoke me agradó, así como la cordialidad de la gente y la abundancia de todo. Téngase en cuenta que, por vez primera en mi vida, mi trabajo iba a pagarse de manera decorosa y suficiente...»⁶⁸. Pero el contento, como siempre en Cernuda, dura poco: «La existencia en Mount Holyoke se me hizo imposible; los largos meses de invierno, la falta de sol (un poco de luz puede consolarme de tantas cosas), la nieve, que encuentro detestable, exacerbaban mi malestar»⁶⁹.

El reencuentro en Estados Unidos con antiguos amigos y compañeros de letras, perdidos desde la guerra (Concha de Albornoz, Pedro Salinas, Jorge Guillén, entre otros), no consuela a Cernuda del aislamiento personal y cultural. Teme sobre todo que, cortados los lazos con España, los nuevos poetas terminen por olvidarlo. A poco más de un año de su muerte, en su último poema, aún dudaba de su posteridad:

...soy, sin tierra y sin gente,
Escritor bien extraño; sujeto quedo aún más que otros
Al viento del olvido que, cuando sopla, mata.

(«A sus paisanos», *Desolación de la Quimera*)

Las pequeñas señales de que esto no era así, sino al contrario, serán una de las escasas alegrías de sus últimos tiempos:

... confusamente, de aquí y de allá, me llegaban indicaciones de que algunos acogían mis versos de manera diferente a como fueron acogidos en Madrid los primeros: el tiempo comenzaba quizá a hacer su obra [...] Era un reconocimiento más bien tácito que expreso, y aunque no dejara de sorprenderme, lo más sorprendente resultaba cómo había resistido yo, durante años, lleno de una fe absurda, trabajando, aunque sin facilidad para publicar mis escritos, en medio de un aislamiento continuo. La poesía, el

creerme poeta, ha sido mi fuerza y, aunque me haya equivocado en esa creencia, ya no importa, pues a mi error he debido tantos momentos gozosos⁷⁰.

El «**creerse poeta**» fue siempre el centro de gravedad de la vida de Cernuda. Lo que escribió de Góngora, en su poema epónimo, resultaría aplicable a él:

Pero en la poesía encontró siempre, no tan sólo hermosura, sino ánimo,
La fuerza del vivir más libre y más soberbio...

(«Góngora», *Como quien espera el alba*)

El sevillano reflexionó a menudo en sus versos sobre la misión del poeta. Para Cernuda, la poesía no era una profesión, ni siquiera una vocación que uno elige, sino una fatalidad que le elige a uno:

Para tu siervo el sino le escogiera,
Y absorto y entregado, el niño
¿Qué podía hacer sino seguirte?

(«La poesía», *Con las horas contadas*)

En una entrevista, el autor se mostró aun más explícito: «Siento y percibo la poesía **como una fuerza hostil** que actúa sobre mí y sobrellevo, unas veces con gusto, otras con disgusto, no sólo al tratar de expresarlas en mis escritos sino en casi todos los actos de mi vida. Su presencia la reconozco contra mí desde mis años primeros, y ha dispuesto siempre, a pesar mío, de mi vida»⁷¹.

Y en otro pasaje escribió: «El poeta en cambio tiene una razón fatal, anterior a su propia existencia y superior a su propia voluntad, que le lleva a escribir versos, tarea que por lo demás ni él ni los demás consideran hoy como profesión social»⁷².

Cernuda con su querida amiga Concha de Albornoz (izquierda) en Mount Holyoke, 1948→



El sevillano tomó esta idea de fuerza irrefrenable que impulsa al poeta de Goethe: «Alguna vez he percibido en la vida la influencia de un poder demoníaco, o mejor dicho, **daimónico**, que actúa sobre los hombres [...] A ese poder daimónico alude Goethe en sus conversaciones con Eckermann [...] No se me pregunte más sobre ese poder, porque nada sabría decir. Lo presiento, pero no lo comprendo»⁷³. «Un viento demoníaco le impulsa por la vida», escribió en la elegía «A un poeta muerto», de *Las nubes*, dedicada a la muerte de Lorca.

Condena, antes que privilegio, será esta vocación, puesto que, si el poeta es honesto, no podrá sino entrar en conflicto con su sociedad. ¿Cómo podría perdonar ésta, que siempre anda buscando conformidad y consenso, a quien le recuerda a todas horas lo insatisfactorio de cualquier realidad; alguien que apuesta por la belleza efímera, frente a lo utilitario y lo conservador; por el deseo sin trabas, frente al matrimonio y la familia?

Por ello en vida y muerte pagarás largamente
La ocasión de ser fiel contigo y unos pocos...

(«Aplauso humano», *Como quien espera el alba*)

«En general, el poeta moderno», insistió ya en prosa, «quiero decir el poeta que vive y escribe después de la etapa literaria romántica, ha roto con la sociedad de que es contemporáneo; ruptura donde nada violento hay, sino que se consume quieta y tácitamente, y ésta es quizá la razón, no la supuesta oscuridad de su poesía, para que la sociedad no guste de ella: porque ya no se reconoce en la obra del poeta»⁷⁴.

Por ello, la sola idea de un poeta burgués resulta una aberración, casi una contradicción en los términos. Cernuda abominó toda su vida de los poetas de mesa camilla (no los que escriben *sobre* una mesa camilla, sino los que escriben *a* la mesa camilla y terminan convertidos *en* mesa camilla). Una obra «conforme con la sociedad», como la de Salinas y Guillén, sólo podía dar un juego inane y pusilánime, puesto que adolece de «una incapacidad burguesa para sentir emociones intensas». La poesía pura en este caso no es más que banalidad disfrazada de metafísica, o bien el «temor a tocar temas o situaciones donde apareciese lo humano fundamental»⁷⁵.

Por ello, también, es ingenuo esperar comprensión («aplauzo humano») de los contemporáneos:

La consideración mundana tú nunca la buscaste,
Aún menos cuando fuera su precio una mentira,
Como bufón sombrío traicionando tu alma
A cambio de un cumplido con oficial benevolencia.

(«Aplauzo humano», *Como quien espera el alba*)

y hay que encomendarse a la incierta e inútil posteridad:

Porque presiento en este alejamiento humano
Cuán míos habrán de ser los hombres venideros,
Cómo esta soledad será poblada un día,
Aunque sin mí, de camaradas puros a tu imagen.

(«A un poeta futuro», *Como quien espera el alba*)

La misma sociedad que lo ignora o lo persigue en vida se aprovechará, sin embargo, de su gloria tras su muerte. Si la burla y la ignorancia (y en ocasiones extremas, la violencia) eran las armas que empleaba contra el poeta vivo, la lápida conmemorativa y el erudito serán las armas *post-mortem*:

...que así pueden
Los descendientes mismos de quienes le insultaban
Inclinarse a su nombre, dar premio al erudito,
Sucesor del gusano, royendo su memoria...

(«Góngora», *Como quien espera el alba*)

Éstos son, hermano mío,
Los seres con quienes muero a solas,
Fantasmas que harán brotar un día
El solemne erudito, oráculo de estas palabras mías ante
alumnos extraños,
Obteniendo por ello renombre,
Más una pequeña casa de campo en la angustiosa sierra
Inmediata a la capital...

(«La gloria del poeta», *Invocaciones*)



El gobierno francés, ¿o fue el gobierno inglés?, puso una lápida
 En esa casa de 8 Great College Street, Camden Town, Londres,
 Adonde en una habitación Rimbaud y Verlaine, rara pareja,
 Vivieron, bebieron, fornicaron,
 Durante algunas breves semanas tormentosas.
 Al acto inaugural asistieron sin duda embajador y alcalde,
 Todos aquellos que fueron enemigos de Verlaine y Rimbaud
 [cuando vivían.

(«Birds in the night», *Desolación de la Quimera*)



Esta idea tan elevada de la poesía, que fue la que sustentó (y le sustentó) toda su vida, no podía estar más en desacuerdo con la deshumanización del arte que propugnaba Ortega, un tipo que le caía francamente mal. El arte como actividad intrascendente, que no se toma en serio, el arte como juego de puras formas («álgebra superior de las metáforas»), nunca fue el de Cernuda. Curiosamente, ese arte que rechazaba lo «humano, demasiado humano», es decir, lo social, las pasiones del individuo, cualquier ambición filosófica, era un arte que le venía como anillo al dedo a un mundo regido por poderes económicos que veían cualquier interferencia en el mecanismo como indeseable y que, por tanto, no reservaban a los artistas otro papel que el de fabricar pasatiempos recreativos, equivalentes a una hora en el gimnasio o a una partida de cartas. O como señaló, muy ufano, Ortega: «Otros estilos obligaban a que se les pusiera en conexión con los dramáticos movimientos sociales y políticos o bien con profundas corrientes filosóficas o religiosas. El nuevo estilo, por el contrario, solicita, desde luego, ser aproximado al triunfo de los deportes y juegos»⁷⁶.

En las vacaciones de verano de 1949, Cernuda visita por primera vez México y queda deslumbrado: volver a oír hablar español por las calles, la luz, el sol, las gentes... son tantas las cosas que le recuerdan a España (y a Andalucía) que se siente como en casa. «Me enamoré de México», le cuenta en carta a un amigo, «como si fuera mi propia tierra. En realidad me gustó tanto y le tomé tanto cariño porque es para mí otra España⁷⁷». «Por primera vez, desde que salí de España», declara en otra carta, «no me he sentido extranjero»⁷⁸.



↑Luis Cernuda luciendo vientre liso en Acapulco, 1950

Fruto de aquel impacto, será el libro de poemas en prosa *Variaciones sobre tema mexicano*, escrito en 1950 y publicado en 1952 en el país azteca, donde —en palabras del biógrafo James Valender— «se celebra la feliz recuperación en México del paraíso perdido que era la Andalucía natal del poeta».

En México además le esperan numerosos conocidos exiliados a quienes vuelve a saludar: Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Moreno Villa, Emilio Prados, Bergamín, Gil-Albert, Ramón Gaya... De vuelta a Nueva Inglaterra, la obsesión de

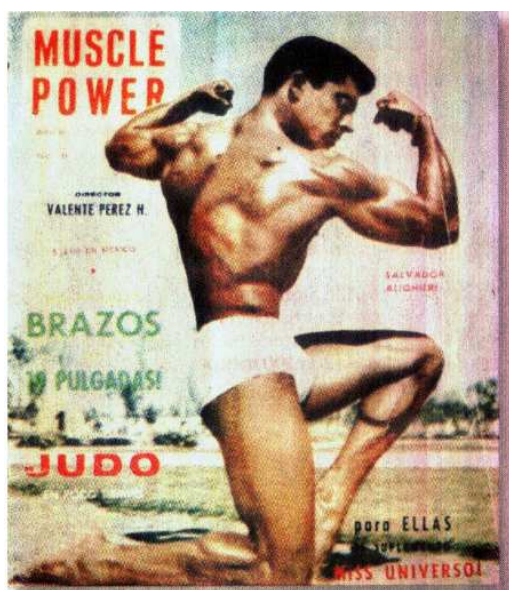
regresar a México no dejará de rondarle a todas horas. Ya no soporta la vida en Mount Holyoke, las clases, los compañeros de claustro. Ni siquiera las escapadas a Nueva York le compensan. Vuelve a México al siguiente verano de 1950 y al tercero, prolonga las vacaciones con un permiso, de junio 1951 a febrero de 1952; ocho meses de licencia que aprovechará para viajar a Cuba, donde tramará estrecha amistad con Lezama Lima, y volverá a saludar a María Zambrano. Todos los que allí le tratan hablan de un Cernuda cordial, abierto, sin parecido alguno con la leyenda que le precede. Claro que poco antes se ha enamorado en México, con una intensidad como no conocía desde hace tiempo.

Eso le decidirá finalmente a lanzarse al vacío: al acabar el curso de 1952, renuncia a su plaza y decide instalarse en México. Era mucho lo que perdía y él no lo ignoraba:

Como poseído por un demonio, no vacilé en tirar a un lado trabajo digno, posición decorosa y sueldo suficiente, para no hablar de la residencia en país amable y acogedor, donde la vida ofrece un máximo de comodidad y conveniencia. Pero el amor tiraba de mí hacia México⁷⁹.

Cernuda llega a México, en noviembre de 1952, sin ninguna perspectiva de trabajo y con 500 dólares en el bolsillo por único capital. Nada de eso parece importarle ante el amor redescubierto a los 50 recién cumplidos:

Dados los años que tenía yo, no dejo de comprender que mi situación de viejo enamorado conllevaba algún ridículo. Pero también sabía, si necesitara excusas para conmigo, cómo hay momentos en la vida que requieren de nosotros la entrega al destino, total y sin reservas, el salto al vacío, confiando en lo imposible para no rompernos la cabeza. Creo que ninguna otra vez estuve, si no tan enamorado, tan bien enamorado...⁸⁰



El objeto de sus desvelos era un joven culturista mexicano, Salvador Alighieri, a quien el poeta conociera en un gimnasio. Eran muchas las cosas que les separaban: no sólo la edad (casi 30 años de diferencia; Salvador, nacido en 1931, tiene 20 años cuando se conocen); también el nivel cultural (a pesar de su apellido, el joven carecía de cultura), el carácter alocado de Salvador y su bisexualidad, que le arrastraba a numerosas aventuras, narradas luego sin ningún pudor al poeta. Salvador era además hombre casado y con dos hijos.

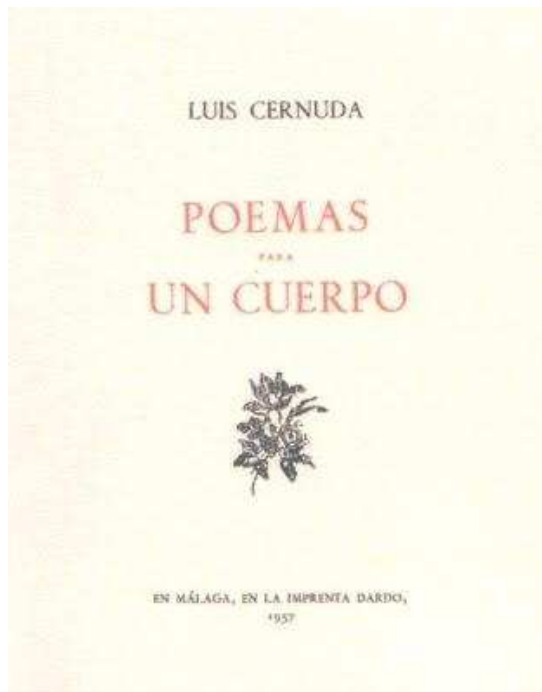
←Mr. Espalda, Salvador Alighieri, en una portada de la época

Cernuda no se hacía ilusiones; desde muy pronto había aprendido a descreer del amor como comunicación espiritual de dos almas gemelas, para contentarse con su aspecto más terrenal: «...la hermosura física juvenil ha sido siempre para mí cualidad decisiva, capital en mi estimación como resorte primero del mundo, cuyo poder y encanto a todo lo antepongo...». Igualmente descartable era para él cualquier pretensión de eternidad: «Al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad, aquella eternidad profunda a que se refirió Nietzsche. ¿Puede esperarse más de él? ¿Es necesario más?»⁸¹.

Aun así, la relación duró con intermitencias (causadas por el carácter veleidoso del joven) unos cinco años, hasta finales de 1956, en que Salvador marchó de viaje para no regresar más que esporádicamente.

Ya fuera platónica o carnal la relación, como aún se discute (el sentido común y la sensualidad proclamada del poeta apuntan a lo segundo, por más que algunos se empeñen en salvar al escritor de la homosexualidad, sublimándosela), lo que en verdad

cuenta es el resultado: un conjunto de poemas que componen una de las reflexiones más intensas de su autor —que no hizo pocas— sobre el espejismo y la ficción del amor. Cernuda no consintió equívocos ni en el título: *Poemas para un cuerpo* se editó en forma de libro en Málaga, en 1957, antes de entrar a formar parte —de forma algo forzada tal vez— de *Con las horas contadas*, su penúltimo poemario: «...son, entre todos los versos que he escrito, unos de aquellos a los que tengo algún afecto»⁸².



←Primera edición, malagueña, de *Poemas para un cuerpo*

A pesar de su título, *Poemas...* es un libro pudoroso, delicado, poco carnal, de un erotismo apenas insinuado. En poemas por lo general breves, Cernuda reflexiona sobre su filosofía del amor. Se ha hablado de amor platónico a propósito de estos versos, pero no conviene exagerar. Es cierto que el amor es para Cernuda una idea que el amante alberga en su cabeza, fabricada con ocasión de un cuerpo hermoso («Conozco que tú no existes / Fuera de mi pensamiento», VIII), pero no hay que olvidar que tal idea no conduce a ningún cielo de formas puras, sino de vuelta, una y otra vez, al cuerpo que excita la idea, pero no la sacia. Antes excita y sacia otras cosas:

Miro y busco por la tierra:
Nada hay en ella que valga
Lo que tu sola presencia.

(VIII, «Viviendo sueños»)

La sola idea resulta impotente sin el cuerpo, sin su materia:

Mas mi amor nada puede
Sin que tu cuerpo acceda;
Él sólo informa un mito
En tu hermosa materia.

(XVI, «Un hombre con su amor»)

Cierto que el amado es sólo pretexto para la invención amorosa del amante («un puro conocer te dio la vida», IX), pero es un pretexto imprescindible, sin el cual el sentimiento amoroso jamás despierta ni cristaliza:

Bien sé yo que esta imagen
Fija siempre en la mente
No eres tú, sino sombra
Del amor que en mí existe
Antes que el tiempo acabe.

[...]

Y aunque conozco eso, luego pienso
Que sin ti, sin el raro
Pretexto que me diste,
Mi amor, que afuera está con su ternura,
Allá dentro de mí hoy seguiría
Dormido todavía y a la espera
De alguien que, a su llamada,
Le hiciera al fin latir gozosamente.

(IV, «Sombra de mí»)

El amor se vive así como perpetua paradoja, como un dualismo de idea y cuerpo que sólo en el raro instante de dicha se concilia:

Pues ¿quién pondría precio
A esta paz, olvidado
En ti, que al fin conocen
Mis labios por tus labios?

(XVI, «Un hombre con su amor»)

Con más frecuencia el amor es incomunicable; la correspondencia con el amado, ilusoria:

Si yo te hablase
Cómo el amor depara
Su razón al vivir y su locura,
Tú no comprenderías.
Por eso nada digo.

(XIV, «Precio de un cuerpo»)

Salvo en los instantes de acorde, esa sujeción de la idea del amor a un cuerpo, a otra existencia ajena, a menudo trivial, caprichosa o estúpida, son trabajos de amor perdidos y es vivida como humillante:

Esta humillante servidumbre,
Necesidad de gastar la ternura
En un ser que llenamos
Con nuestro pensamiento,
Vivo de nuestra vida.

(Ídem)

... este inútil
Trabajo de quererte,
Que tú no necesitas.

(XIII, «Fin de la apariencia»)

La desigualdad, la asimetría, la falta de correspondencia condenan al amor por anticipado. Sin embargo, el poeta conoce de antemano el destino que aguarda a su pasión y no se lamenta por ello. Al contrario, se muestra agradecido por su llegada imprevista:

Tantos años vividos
En soledad y hastío, en hastío y pobreza,
Trajeron tras de ellos esta dicha,
Tan honda para mí, que así ya puedo
Justificar con ella lo pasado.

(V, «El amante espera»)

Acepta lo poco que se le da y se lanza a una lucha perdida contra el tiempo y el futuro que no tiene:

Fuerza las puertas del tiempo,
Amor que tan tarde llamas.

(VII, «Haciéndose tarde»)

Porque, mejor que nadie, el poeta sabe que el amor se juega en un instante sin fondo, donde todas las anteriores diferencias quedan abolidas. Ilusorio y efímero, ese insecto de un día que es el deseo justifica toda una existencia:

Porque el tiempo de amor nos vale
 Toda una eternidad
 Donde ya el hombre no va solo
 Y Dios celoso está.

(XV, «Divinidad celosa»)

En tregua con la vida,
 No saber, querer nada,
 Ni esperar: tu presencia
 Y mi amor. Eso basta.

(XVI, «Un hombre con su amor»)



←Cernuda en México, a comienzos de los 50, con algunos viejos conocidos: abajo, a su derecha, Moreno Villa; arriba, de izquierda a derecha, Eduardo Ugarte, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.

Cernuda, mientras tanto, se ha ido asentando poco a poco en México. Al año de llegar, se instala en casa de su antigua amiga Concha Méndez, la ex de Manuel Altolaguirre, que habita en un amplio chalet con jardín, junto con su hija, su yerno y, muy pronto, tres nietos, a los que el poeta cogerá cariño e incluso dedicará versos. Ese será su hogar durante los últimos once años de su vida. Allí llevará una existencia apartada, casi monacal, al margen de la nutrida colonia de exiliados españoles.

Su vida social se reduce a unos pocos amigos, entre los que siempre se contará el poeta Octavio Paz. Gracias a éste, su valedor incansable, consigue unas clases en la Universidad Autónoma (UNAM) y posteriormente, una beca para investigar en el Colegio de México, dirigido por el escritor Alfonso Reyes. El sevillano siempre le estuvo agradecido: «A Paz debo la posición económica, por modesta que ésta sea, que tengo aquí; y si no es mejor, no es por culpa suya, ya que bien insistió, en ocasiones, para mejorarla, cerca de quienes podían intervenir en el asunto»⁸³.

No sólo le deberá el sustento, sino una imagen más ecuánime y favorable de su persona, entre tanta malevolencia de amigos y enemigos. Nos ha quedado este retrato impagable de Cernuda por Octavio Paz:

¿Era un «hombre difícil», como se repite, o le hicimos nosotros difícil la vida? Aunque no sea éste el sitio oportuno, daré aquí mi testimonio. Desde 1938, año de nuestro casual encuentro en Valencia, en la imprenta de *Hora de España*, hasta el día de su muerte, nuestra relación no se empañó un instante. Separados por la distancia, nos escribimos desde 1939 hasta 1962. Lo vi en Londres, donde pasamos varios días juntos en 1945. Lo volví a ver y tratar en México, de 1953 a 1958 y, otra vez unos cuantos días, en 1962. Lo encontré siempre tolerante y cortés; amigo leal y buen consejero, tanto en la vida como en la literatura. Era tímido pero no cobarde; era reservado pero también franco. La moderación de su lenguaje daba firmeza a su rechazo de los valores de nuestro mundo. Respetaba los gustos y opiniones ajenos y pedía respeto para los suyos. Su intransigencia era de orden moral e intelectual: odiaba la inautenticidad (mentira e hipocresía) y no soportaba a los necios ni a los indiscretos. Era un ser libre y amaba la libertad en los otros. Ciertamente, a veces sus reacciones eran exageradas y sus juicios no eran siempre justos ni piadosos. ¿En nuestro medio no es mejor pecar por intransigencia que por complicidad literaria, política o de camarilla? Tuvo (poquísimos) amigos, no compinches. Rompió con varios, a veces con razón, otras sin ella: en todo caso, exigía fidelidad a la amistad y la daba. (Fue conmovedor el cuidado con que preparó la edición de las *Poesías* de su amigo Manuel Altolaguirre). Nunca fue un *cursi*, ni en el vestir ni en el hablar. Si alguna afectación tuvo, fue por el lado de la sobriedad. Le repugnaba la

familiaridad del trato de españoles e hispanoamericanos, que continuamente se entrometen en las vidas de sus semejantes. Su humor era seco. Sabía reírse (un poco) de sí mismo. Aborrecía la promiscuidad (café, club, perro o fandango), pero amaba la conversación con sus amigos. Uno de sus gustos era cenar en un restorán pequeño y después caminar hasta bien avanzada la noche, en charla tranquila. En esas ocasiones era comunicativo y hablaba largamente (sin escucharse). Tenía una virtud rara: sabía oír. Otra: era puntual. Fue siempre un rebelde y un solitario... Me gusta pensar que en sus años de destierro en Inglaterra, cuando su poesía era menospreciada en su patria y en el resto de Hispanoamérica, la amistad de uno o dos mexicanos le hizo sentir que no estaba enteramente solo. Ese largo periodo de indiferencia ante su obra le llevó a creer que nadie se interesaba en lo que escribía. Recuerdo su gesto de sorpresa e incredulidad ante el entusiasmo con que Joaquín Díez-Canedo y Alí Chumacero acogieron la idea de publicar en el Fondo de Cultura Económica la tercera edición de *La Realidad y el Deseo*. Fue una de sus pocas alegrías de escritor⁸⁴.

Aunque de manera más espaciada, Cernuda continúa escribiendo poesía y de 1950 a 1956 completa *Con las horas contadas*, comenzado en Mount Holyoke y finalizado ya en México; libro donde encaja, casi como sección independiente, los *Poemas para un cuerpo* ya mencionados. Junto a estos, y al lado de la poesía de gran formato a la que ya nos había habituado (poemas con motivo o personaje históricos, como «Águila y Rosa», «Retrato de poeta», «*In memoriam* A.G.», «El elegido»), Cernuda introduce una serie de poemas breves, donde vuelve a sonar una suave rima asonante que acerca sus versos a la canción. Su ligereza recuerda por momentos la de sus primeras poesías de *Perfil del aire*, como en ésta de quevediano título:

¿Tu mocedad? No es más
Que un olor de azahar

En plazuela a la tarde
Cuando la luz decae

Y algún farol se enciende.

[...]

Y ves que es lo más hondo
De tu vivir un poco

De eso que llaman nada
Tantas gentes sensatas:

Un olor de azahar,
Aire. ¿Hubo algo más?



↑Prados, Moreno Villa y Cernuda, 1950.

(«Lo más frágil es lo que dura»)

De todas formas, el Cernuda más hondo y descarnado, aquel capaz de conmovir la fibra más íntima del lector, se despliega en esos soliloquios donde el poeta se apostrofa a sí mismo en segunda persona, evocando algún episodio amargo del pasado o, aún más cercano a nosotros, hablándose en tiempo real, en su (y en nuestro) presente. Se ha señalado este uso característico de la segunda persona como uno de los rasgos estilísticos más personales de Cernuda.

«Nocturno yanki», de un laconismo extremado incluso para lo habitual en Cernuda, permanece como uno de sus diálogos íntimos más desoladores:

La lámpara y la cortina
Al pueblo en su sombra excluyen.
Sueña ahora,
Si puedes, si te contentas
Con sueños, cuando te faltan
Realidades.

Estás aquí, de regreso
 Del mundo, ayer vivo, hoy
 Cuerpo en pena,
 Esperando locamente,
 Alrededor tuyo, amigos
 Y sus voces.

Callas y escuchas. No. Nada
 Oyes, excepto tu sangre,
 Su latido
 Incansable, temeroso;
 Y atención prestas a otra
 Cosa inquieta.

Es la madera, que cruje;
 Es el radiador, que silba.
 Un bostezo.
 Pausa. Y el reloj consultas:
 Todavía temprano para
 Acostarte.

¿Qué hacer? Porque tiempo hay.
 Es temprano.
 Todo el invierno te espera,
 Y la primavera entonces.
 Tiempo tienes.

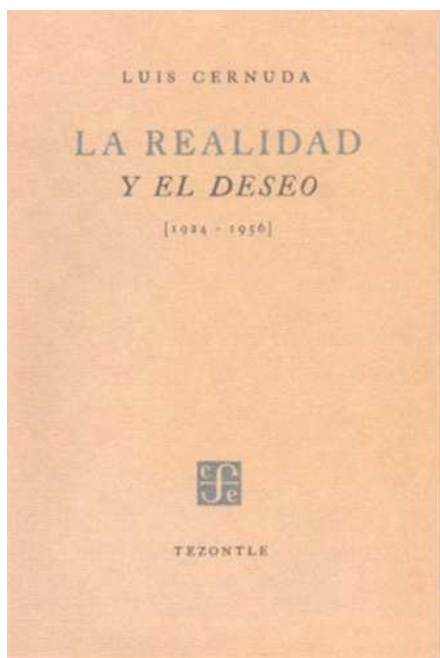
¿Mucho? ¿Cuánto? ¿Y hasta cuándo
 El tiempo al hombre le dura?
 «No, que es tarde,
 Es tarde», repite alguno
 Dentro de ti, que no eres.
 Y suspiras.

[primeras estrofas]



Durante sus últimos años, conforme el flujo de poesía disminuía, Cernuda se concentró en su labor de crítico y ensayista («Todo poeta —escribió— es, o debe ser, un crítico; un crítico silencioso y creador...»⁸⁵). Las becas concedidas por el Colegio de México le permitieron completar y publicar varios libros de crítica sobre poetas españoles e ingleses. Como sucede con sus libros de prosa poética, los ensayos literarios del sevillano se han sido revalorizando con el tiempo. Los *Estudios de poesía española contemporánea* en especial, publicados en España en 1957, causaron revuelo e indignación en ambientes literarios y académicos, debido a lo despiadado de ciertas valoraciones sobre algunos poetas hasta entonces intocables. Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe y buena parte de sus compañeros de generación (Salinas, Guillén, Diego y Alberti; a Dámaso Alonso ni siquiera se le menciona), salían allí malparados de la revisión a que los sometía Cernuda. El tiempo, sin embargo, no ha hecho sino darles la razón a aquellos juicios, y lo que entonces se atribuyó a rencor o amargura, hoy aparece como un ejercicio de lucidez y penetración crítica, que se adelantó en muchos años a su época.

De todos los poetas de su generación tratados, el sevillano sólo mantiene una estimación alta por tres de ellos: García Lorca, Aleixandre y Altolaguirre (muerto dos años después, en 1959, en accidente de circulación en España, y del que el propio Cernuda se encargaría de recopilar su poesía completa en edición modélica). En su correspondencia de sus últimos años aun fue más explícito: «... Lorca, Aleixandre y Altolaguirre son los únicos poetas de mi tiempo que aún pueden conmoverme a veces al releer ciertos versos suyos»⁸⁶.



En 1958, se publica en México, dieciocho años después de la anterior, la **tercera edición de *La Realidad y el Deseo***. La obra se ha visto sensiblemente ampliada con tres nuevos poemarios (*Como quien espera el alba*, *Vivir sin estar viviendo* y *Con las horas contadas*) y el adelanto de ocho poemas del siguiente, *Desolación de la Quimera*, que incluyen algunos de los mejores logros del sevillano.

←Tercera edición, mexicana, de *La Realidad y el Deseo*, 1958

La acogida es, en general, muy favorable y supone un impulso al movimiento de recuperación de la poesía de Cernuda que, desde unos años antes, ya se venía produciendo en España. La poesía social, que lo ha ignorado hasta entonces, cede el testigo por aquellos años a una nueva generación de poetas que reivindican la lírica del 27, y en especial *La Realidad y el Deseo*. Jaime Gil de Biedma, Francisco Brines, Ángel González, José Ángel Valente y otros, que luego serían conocidos como **generación del 50**, se declaran admiradores y deudores de su lírica, y escriben ensayos sobre Cernuda. Éste se lanza a cartearse con algunos de estos jóvenes poetas que le admiran y se dirigen a él como a un maestro.

Revistas y editoriales comienzan a publicar sus textos en España: *Ocnos* en 1949, en 1953 la traducción de *Troilo y Crésida*, los ya comentados *Poemas para un cuerpo* y *Estudios de poesía española contemporánea* en 1957, *Poesía y Literatura* en 1960... Esta última colección de ensayos incluye el magistral ***Historial de un libro*** (escrito en 1958), una condensada autobiografía vital y literaria, que contribuye a ofrecer una imagen coherente de su trayectoria y despierta admiración en sus lectores más jóvenes.

Su poesía se convierte en objeto de estudios críticos y tesis doctorales, y conoce sus primeras traducciones a otros idiomas. Producto de este interés renacido, será un primer número monográfico dedicado al poeta sevillano en 1955, en la revista cordobesa *Cántico*, con textos de, entre otros, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Ricardo Molina y Pablo García Baena. Otro homenaje, aun más decisivo para volver a reintroducir a Cernuda en nuestra literatura, tendrá lugar en la revista *La caña gris*, en 1962, donde a las contribuciones de coetáneos y viejos amigos (Aleixandre, Octavio Paz, María Zambrano, Rosa Chacel, Gil-Albert), se une lo mejor de la poesía joven del momento: Jaime Gil de Biedma, José Hierro, Francisco Brines, José Ángel Valente...

«Cernuda es hoy por hoy, al menos para mí», escribirá Gil de Biedma, «el más vivo,

el más contemporáneo entre todos los grandes poetas del 27, precisamente porque nos ayuda a liberarnos de los grandes poetas del 27»⁸⁷.

←Los recuperadores de Cernuda; fotografía de grupo de la generación del 50. Abajo, de izquierda y derecha: Gil de Biedma, Costafreda, Barral y Caballero Bonald. Arriba: Blas de Otero, José Agustín Goytisolo, Ángel González, Valente y Carlos Sahagún. Colliure, 1959.



Cernuda recibe este tardío reconocimiento con agradecimiento, pero también con escepticismo. Llega quizás demasiado tarde para un poeta que ha perdido sus últimas ilusiones. En su último poema escrito («A sus paisanos»), dedicará una emocionada estrofa a todos esos admiradores jóvenes que lo rescataron del olvido, y a los que absuelve de la condena general que reserva a sus compatriotas:

Mas no todos igual trato me dais,
 Que amigos tengo aún entre vosotros,
 Doblemente queridos por esa desusada
 Simpatía y atención entre la indiferencia.
 Y gracias quiero darles ahora, cuando amargo
 Me vuelvo y os acuso. Grande el número
 No es, mas basta para sentirse acompañado
 A la distancia en el camino. A ellos
 Vaya así mi afecto agradecido.

Su vida, sin embargo, dista de ser gratificante. Desde su ruptura con Salvador Alighieri en 1956, el poeta sevillano ha entrado en un periodo de sequía poética que se prolongará durante cuatro años. Como siempre le sucede cuando falta el interés erótico, el lugar se le vuelve insoportable y México deja de ser un paraíso: «Lo paso aquí [en México] mal en todos [los] sentidos e hice una tontería, irremediable ya, al dejar Estados Unidos»⁸⁸. A un joven admirador suyo, Carlos-Peregrín Otero, profesor en Estados Unidos que prepara una tesis sobre su poesía, le confiesa: «Me gustaría salir de aquí; por eso creo lo mejor, como siempre hice, tratar de seguir mi gusto sin pensar demasiado en si ello es prudente o no. México es demasiado primitivo y echo de menos el confort de ese país, para no hablar de mi cansancio de las condiciones en que vivo hace años»⁸⁹.

Este último amigo, finalmente, atenderá a sus ruegos y, en 1960, le obtendrá un curso de verano en la universidad de Los Angeles. La ciudad le agrada y además encuentra alojamiento en Malibú, un lugar con playa y carisma cinematográfico, dos de sus aficiones de toda la vida, y al que dedicará un airoso poema, que tanto recuerda a aquellos de su juventud de *Un río, un amor*, levantados sobre nombres exóticos americanos:

Málibu,
 Olas con lluvia.
 Aire de música.

Málibu,
 Agua cautiva,
 Gruta marina.

Málibu,
 Nombre de hada.
 Fuerza encantada.

Málibu,
 Viento que ulula.
 Bosque de brujas.

Málibu,
 Una palabra,
 Y en ella, magia.

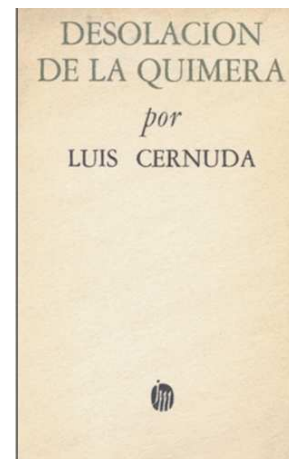
(«Málibu»)

El cambio reactiva su inspiración y, tras el regreso a México, vuelve a escribir poesía después de varios años dedicado sólo a la crítica. De este fagonazo final de creatividad,

que durará aproximadamente un año y medio, saldrá su último e influyente poemario, *Desolación de la Quimera* (1956-1962).

Desolación de la Quimera (publicado de forma independiente en 1962) es para muchos —por ejemplo, Jaime Gil de Biedma— su mejor libro, mientras que otros que prefieren su primera época, como es el caso de Octavio Paz, consideran que Cernuda alcanza aquí un grado extremo de prosaísmo que echa a perder sus mejores cualidades. Se ha señalado, ante todo, la novedad del tono antipoético, «un tono extremadamente seco, discursivo, carente de cualquier concesión al deleite verbal» (Valender), que tanto asombró, para bien y para mal, a sus primeros lectores. Se trataba de una deriva deliberada: «en mi opinión», declaró el sevillano, «la sequedad es una de las cualidades mejores con que puede contar un poeta»⁹⁰.

Primera edición de *Desolación de la Quimera*, México, 1962→



Es como si a un pintor delicado y colorista le hubieran quitado casi todos los colores de su paleta y los pinceles más finos, para dejarle tan sólo el blanco y negro y las brochas gruesas. Para buscar una equivalencia, habría que pensar en las pinturas negras de Goya. *Desolación...* está escrito como una despedida consciente. Predomina el rencor y el ajuste de cuentas; como si una vez desaparecido casi del todo el principal motor de su poesía, que era el deseo, sólo le quedara el desprecio para mantener en marcha la maquinaria creativa. Pese a la potencia expresiva de algunas piezas, sin duda entre las mejores de Cernuda, el tono vengativo resulta tan obsesivo, la desesperanza tan lúgubre, que el lector, privado de cualquier alivio, termina por sentirse incómodo.

Formalmente, el impacto de este prosaísmo y esta poesía tan poco poética en nuestra lírica actual ha sido enorme. En *Desolación...* se lleva al extremo el coloquialismo emprendido por el poeta en su exilio inglés; el ritmo de la frase se impone al del verso, traspasando sus límites y dando lugar a esa «música callada» que el sevillano antepone al ritmo demasiado evidente del verso y no digamos de la rima, por la que Cernuda demostró siempre escasa simpatía, valga la asonancia.

Más que nunca, su lenguaje se aproxima al de la comunicación cotidiana. Desde su experiencia surrealista, Cernuda se apartó de cualquier hermetismo u oscuridad, para tomar por norte la precisión y la transparencia. El rumbo emprendido por la poesía tras la experiencia radical de Rimbaud y, posteriormente, del surrealismo, divergió precisamente en torno al sentido. Mientras una de las ramas de la bifurcación renunció a la comunicación y cortó todos los hilos con el lector, al menos a nivel consciente (puesto que ese tipo de poeta escribe por debajo de la línea de conciencia y el lector lo lee de la misma manera); la otra rama, cada vez más alejada, apostó por ampliar los límites del lenguaje y de la experiencia sin renunciar a la racionalidad, tratando de preservar el significado habitual de las palabras. Esta última fue la opción que eligió Cernuda, siguiendo muy de cerca el ejemplo del Eliot de *Cuatro cuartetos*:

Igual antipatía tuve siempre al lenguaje suculento e inusitado, tratando siempre de usar, a mi intención y propósito, es decir, con oportunidad y precisión, los vocablos de empleo diario: el lenguaje hablado y el tono coloquial hacia los cuales creo que tendí siempre. Las palabras de J.R. Jiménez, «Quien escribe como se habla irá más lejos en lo porvenir que quien escribe como se escribe», me parecen una de sus máximas más justas⁹¹.

Temáticamente, *Desolación...* no incluye novedades. Persisten los grandes monólogos dramáticos (en el poema que da título a la colección) y las recreaciones de personajes históricos («Luis de Baviera escucha *Lohengrin*»), quizá lo que peor haya envejecido de *La Realidad y el Deseo*. Pese a que en dichas composiciones, que se contaban entre las favoritas de su autor, abundan los pasajes soberbios, lo operístico y el cartón-piedra lastran el conjunto.

»Como animal domado por el látigo,
 El hombre. Pero, qué hermoso; su fuerza y su hermosura,
 Oh dioses, cuán cautivadoras. Delicia hay en el hombre;
 Cuando el hombre es hermoso, en él cuánta delicia.
 Siglos pasaron ya desde que desertara el hombre
 De mí y a mis secretos desdeñoso olvidara.
 Y bien que algunos pocos a mí acudan,
 Los poetas, ningún encanto encuentro en ellos,
 Cuando apenas les tienta mi secreto ni en ellos veo hermosura.

»Flacos o flácidos, sin cabellos, con lentes,
 Desdentados. Ésa es la parte física
 En mi tardío servidor; y, semejante a ella,
 Su carácter. Aun así, no muchos buscan mi secreto hoy,
 Que en la mujer encuentran su personal triste Quimera.
 Y bien está ese olvido, porque ante mí no acudan
 Tras de cambiar pañales al infante
 O enjugarle la nariz, mientras meditan
 Reproche o alabanza de algún crítico.

(«Desolación de la Quimera»)

Otro grupo de poemas lo compone el dedicado a personajes de la cultura (Mozart, Dostoievsky, Goethe, Rimbaud, Ticiano, Keats), que vienen a rellenar el hueco que va dejando libre lo personal. En este caso, por calidad de reflexión y vigor expresivo, todos ellos resultan magníficos sin excepción.

Desnuda y reclinada, contemplemos
 Esa curva adorable, base de la espalda,
 Donde el pintor se demoró, usando con ternura
 Diestra, no el pincel, mas los dedos,
 Con ahínco de amor y de trabajo
 Que son un acto solo, la cifra de una vida
 Perfecta al acabar, igual que el sol a veces
 Demora su esplendor cercano del ocaso.

(«Ninfa y pastor, por Ticiano»)



Un tercer apartado, también nutrido, alberga las composiciones referidas al pasado personal del poeta, donde conocidos y amistades se ven sometidos a juicios sumarísimos, en los que Cernuda se muestra, con mayor frecuencia, más despiadado que benévolo. Juan Ramón Jiménez, Manuel Altolaguirre, Dámaso Alonso, Alexandre, Pedro Salinas..., son víctimas de las espinas clavadas —reales o exageradas— del poeta. Otros en cambio (Enrique Asúnsolo, Víctor Cortezo) son evocados con nostalgia.

Mas uno de esa tribu,
 Profesor y, según pretenden él y otros
 De por allá (cuánto ha caído nuestra tierra),
 Poeta, te ha llamado «mi príncipe».
 Y me pregunto qué hiciste tú para que ése
 Pueda considerarte príncipe suyo.

[...]

Dámaso Alonso→

La apropiación de ti, que nada suyo
 Fuiste o quisiste ser mientras vivías,
 Es lo que ahí despierta mi extrañeza.
 ¿Príncipe tú de un sapo? ¿No les basta
 A tus compatriotas haberte asesinado?



(«Otra vez, con sentimiento»)

Mención aparte merece «Díptico español», donde la amargura alcanza acentos de profeta bíblico. La estructura doble del poema refleja la dicotomía inconciliable de la propia idea de España que se hacía el poeta. Madrastra cruel e ingrata, por una parte; por otra, cuna de la lengua de la que se nutre el escritor y algunos de sus mejores artífices, como Galdós, que han creado con sus obras una segunda patria, espiritual y más acogedora, donde poder refugiarse.

Si soy español, lo soy
A la manera de aquellos que no pueden
Ser otra cosa: y entre todas las cargas
Que, al nacer yo, el destino pusiera
Sobre mí, ha sido ésa la más dura.
No he cambiado de tierra,
Porque no es posible a quien su lengua une,
Hasta la muerte, al menester de la poesía.

(«I. Es lástima que fuera mi tierra»)

Persisten también una serie de poemas más ligeros y líricos, que Cernuda nunca dejó de escribir ni de incluir en todas sus colecciones de versos; poemas de factura siempre impecable, de ingravidez única.

Píntalo. Con un pincel delgado,
Con color bien ligero. Pinta
El reflejo del sol sobre las aguas,
En su fondo piedrecillas que sueñan.

(«Clearwater»)

Por último, la poesía erótica comparece por última vez, a manera de despedida desgarradora, en un último destello de deseo impotente:

Muchachos
Que nunca fuisteis compañeros de mi vida,
Adiós.
Muchachos
Que no seréis nunca compañeros de mi vida,
Adiós.

El tiempo de una vida nos separa
Infranqueable:
A un lado la juventud libre y risueña;
A otro la vejez humillante e inhóspita.

De joven no sabía
Ver la hermosura, codiciarla, poseerla;
De viejo la he aprendido
Y veo a la hermosura, mas la codicio inútilmente.

Mano de viejo mancha
El cuerpo juvenil si intenta acariciarlo.
Con solitaria dignidad el viejo debe
Pasar de largo junto a la tentación tardía.

(«Despedida»)

Estemos o no de acuerdo con el prosaísmo y la sequedad del último Cernuda, hay en él un rasgo tan innegable, que hasta quienes no gustan de esta poesía final —como era Octavio Paz— le reconocen: «Pocos poetas modernos, en cualquier lengua, nos dan esta sensación escalofriante de sabernos ante un hombre que *habla de verdad*, efectivamente poseído por la fatalidad y la lucidez de la pasión»⁹².



Tras un año en México, Cernuda consigue dar clases el curso 1961-1962, en el San Francisco State College. San Francisco no termina de agradarle; la encuentra húmeda (y en su frío húmedo le recuerda a Sevilla, curiosamente) y su agua tan gélida que no permite el baño. Para colmo, la materia impartida —el romanticismo español, del que sólo salva a Larra—, le resulta insufrible. Allí, sin embargo, escribe sus últimos poemas (entre ellos, el vibrante «1936») y sufre también su último y frustrado enamoramiento, a juzgar por un par de poesías allí escritas.

Para el curso siguiente, 1962-1963, obtiene un puesto en un entorno, en principio, más agradable: la universidad de Los Angeles. Sin embargo, el ambiente enrarecido que encuentra en el departamento de español, plagado de intrigas y chismes, y con un jefe homófobo que maniobra en contra de Cernuda, amargarán sus últimos tiempos y le hundirán en un estado depresivo del ya no se recuperará. Desde Los Angeles se lamenta a su anfitriona Concha Méndez:

Me veo rodeado por todas partes de mala voluntad, antipatía y odio. A veces siento terror al recordar que estoy solo, sin nadie a quien me [sic] quiera y me tenga amistad. Ya sabes que nunca me entendí con la familia, pero pensar que está muerta, y que ni siquiera puedo pensar en alguno de mi sangre que esté allá, del otro lado, aunque no lo fuera a ver o a reunirme con él algún día...⁹³

Acabado el curso, regresa a México, y aunque en principio están dispuestos a contratarle de nuevo, le exigen, debido a su edad, un examen médico, al que el español se niega en rotundo. Decide, pues, dar por terminada su vida académica y aguantar con los pocos ahorros reunidos en los últimos meses. Presiente que no le queda mucho tiempo ni parece desearlo. Pese a las crecientes muestras de admiración y reconocimiento que le llegan de España, se siente solo y abandonado. Sus últimas cartas nos lo muestran sumido en un desconsuelo irremisible, devorado por la amargura y el resentimiento hacia la que fuera su tierra y hacia los que llama sus «expaisanos»:

De las cosas recientes me parece que tal vez lo mejor sea una cosa larga que llamo «Luis de Baviera escucha *Lohengrin*», aunque recuerdo que, precisamente, es el tipo de poema que no llama la atención a nuestros ex paisanos. Y digo «ex» porque yo tengo un odio y resentimiento a la que fuera mi tierra que cada día crece más, si es posible, y ya aparece bien visible en algunas de las cosas que escribo —uno de los poemas recientes se llama «Es lástima que fuese mi tierra»⁹⁴.

El último resorte que lo mantenía despierto se ha soltado para siempre. Sus poemas postreros los corrige el 22 de abril de 1962; ya no escribirá nueva poesía durante el más de año y medio de vida que le resta. Tres días antes de morir, confiesa su desánimo a su amigo más fiel de los últimos tiempos:

Quería leer poesía, que no leo nunca ahora. El transformador que operaba convirtiendo hechos y experiencias en emociones poéticas no actúa. Bien es que caí en una vida que no puedo aguantar ya; vuelto todo a los desengaños y ofensas que atravesé en estos pocos años pasados. Y tampoco deseo que los idiotas sigan hablando de mi «amargura»⁹⁵.

Murió como vivió, solo e impecable. Extrañados de no verlo aparecer a la mañana, alguien subió a su habitación y lo encontró en el suelo: «Tenía puestas la bata y las zapatillas. En la mano derecha sostenía su pipa y en la izquierda una caja de cerillas. Había tres o cuatro apagadas en el suelo»⁹⁶.

Fue un 4 de noviembre de 1963, de un síncope.

BIBLIOGRAFÍA

(Luis Cernuda en la biblioteca Gerardo Diego)

I. OBRAS DE LUIS CERNUDA

—*La Realidad y el Deseo (1924-1962)*. Madrid, Alianza editorial, 1991. (Edición completa, incluye *Historial de un libro*). [Signatura: P CER rea]

—*La Realidad y el Deseo*. Madrid, Castalia, 1991. (Edición crítica de la primera edición de 1936). [P CER rea]

—*Música cautiva (Antología poética)*. Selección y prólogo de Fernando Ortiz, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 2002. [P CER mus]

—*Antología*. Edición de José María Capote, Madrid, Cátedra, 1984. [P CER ant]

—*Los placeres prohibidos*. Madrid, Concejalía de Cultura, 2002. [P CER pla]

—*Las nubes; Desolación de la Quimera*. Edición de Luis Antonio de Villena, Madrid, Cátedra, 2002. [P CER nub]

—*Epistolario: 1924-1963*. Madrid, Residencia de Estudiantes, 2003. [N CER epi]

—*Hammett, Dashiell, Cosecha roja*. Prólogo de Luis Cernuda, Madrid, Alianza Editorial, 1987. [N HAM cos]

II. ALREDEDOR DE CERNUDA

1. INFLUENCIAS⁹⁷

—**Poetas clásicos españoles:** «Su tradición no estaba sólo integrada por Góngora, sino además por Manrique, y Garcilaso, y Aldana, y Fray Luis de León, y San Juan de la Cruz, y Quevedo, y Calderón. De todos ellos se encuentran huellas en la poesía de Cernuda»⁹⁸



Poesía de la Edad de Oro / edición y notas de José Manuel Blecha . -- 3ª ed . -
- Madrid : Castalia, D.L. 1988
2 v ; 18 cm . -- (Clásicos Castalia ; 123, 136)
Índices Contiene: V.I. Renacimiento. V.II. Barroco
Signatura P POE

—**Garcilaso:** «el poeta español que más querido me es...»



Garcilaso de la Vega (1501-1536)

Poesías completas / Garcilaso de la Vega ; con cuadros cronológicos, introducción, bibliografía... a cargo de Ángel L. Prieto de Paula . -- Madrid : Castalia, [1993]
249 p. : il. ; 17 cm . -- (Castalia didáctica ; 21)

Signatura P GAR poe

—**Francisco de Aldana:** «... a pesar de su “Epístola a Arias Montano” (composición única en la poesía española), jamás obtuvo, no digamos el renombre de otros poetas que son en verdad sus iguales, pero ni siquiera el de otros que le son inferiores...»

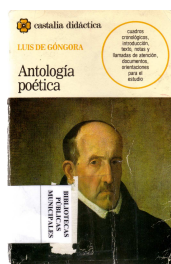


Aldana, Francisco de (1537-1578)

Poesías castellanas completas / Francisco de Aldana ; edición de José Lara Garrido . -- 2ª ed. . -- Madrid : Cátedra, D.L. 1997
515 p. : il. ; 18 cm . -- (Letras hispánicas ; 223)

Signatura P ALD poe

—**Góngora:** «Mientras la lengua española exista, el nombre de Góngora quedará, a gusto de unos y a pesar de otros, como el escritor que más espléndidamente supo manejarla. Si se me pregunta quién es para mí el primer escritor español, yo respondería Góngora.»⁹⁹



Góngora y Argote, Luis de (1561-1627)

Antología poética : (Polifemo ; Soledad primera ; Fábula de Píramo y Tisbe y otros poemas) / Luis de Góngora ; con cuadros cronológicos, introducción, bibliografía, notas y llamadas de atención, documentos y orientaciones para el estudio a cargo de Antonio Carreira . -- Madrid : Castalia, D.L. 1986
372 p. : il. ; 17 cm . -- (Castalia didáctica ; 13)

Signatura P GON ant

—**Hölderlin:** «cuyo conocimiento ha sido una de mis mayores experiencias en cuanto poeta... Al ir descubriendo, palabra por palabra, el texto de Hölderlin, la hondura y hermosura poética del mismo parecían levantarme hacia lo más alto que pueda ofrecernos la poesía»

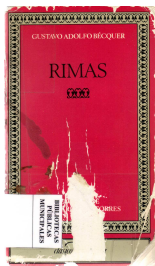


Hölderlin, Friedrich (1770-1843)

Poemas / Hölderlin ; introducción y versión de Luis Cernuda, (en colaboración con Hans Gebser) ; prólogo de Jenaro Talens . -- 4ª ed., [edición bilingüe] . -- Madrid : Visor, 1996
69 p. ; 20 cm . -- (Colección Visor de poesía ; 44)

Signatura P HOL poe

—**Bécquer:** «Él es quien dota a la poesía moderna española de una tradición nueva, y el eco de ella se encuentra en nuestros contemporáneos mejores».



Bécquer, Gustavo Adolfo (1836-1870)

Rimas / Gustavo Adolfo Bécquer ; edición, introducción y notas de José Carlos de Torres . -- Madrid : Castalia, D.L. 1979
242 p., [6] p. de lám. ; 18 cm . -- (Clásicos Castalia ; 74)

Signatura P BEC rim

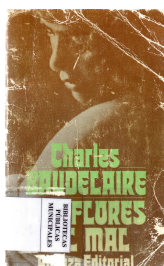
—**Simbolistas:** «Es curioso: la mejor poesía francesa del siglo pasado (Nerval, Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud) no interesó a los modernistas...»



Poesía simbolista francesa / introducción, selección, traducción y notas, Luis Antonio de Villena . -- Madrid : Gredos, [2005]
231 p. ; 21 cm . -- (Biblioteca universal Gredos ; 34)

Signatura P POE

—**Baudelaire:** «Baudelaire fue el primer poeta francés a quien entonces empecé a leer en su propia lengua y hacia el cual he conservado devoción y admiración vivas».



Baudelaire, Charles (1821-1867)

Las flores del mal / Charles Baudelaire ; versión española de Antonio Martínez Sarrión . -- 1ª ed. en "El libro de bolsillo" . -- Madrid : Alianza Editorial, 1982 (imp. 1987)

196 p. ; 18 cm . -- (El libro de bolsillo ; 917Sección Literatura)

Signatura P BAU flo

—**Mallarmé:** «... emprendí la lectura de Mallarmé y Rimbaud; el verso del primero me apareció ya entonces, y nunca dejó de aparecerme así a través de los años, con una hermosura sin igual».

—**Rimbaud:** «...no creo yo, en aquella primera lectura, me diera cuenta del alcance de su pensamiento, aunque aquel contacto preliminar con su obra dejara una huella que las lecturas posteriores fueron profundizando».



Rimbaud, Arthur (1854-1891)

Una temporada en el infierno / Arthur Rimbaud ; introducción y traducción de Gabriel Celaya ; prólogo de Jacques Rivière . -- 3ª ed. . -- Madrid : Visor, 1984

93 p. ; 20 cm . -- (Colección Visor de poesía ; 1)

Signatura P RIM tem

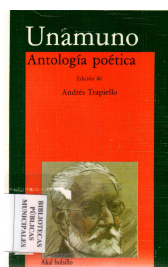
—**Poetas ingleses:** «Aprendí mucho de la poesía inglesa, sin cuya lectura y estudio mis versos serían hoy otra cosa, no sé si mejor o peor, pero sin duda otra cosa».



Poetas románticos ingleses : Byron, Shelley, Keats, Coleridge, Wordsworth / introducción de José María Valverde ; traducciones de José María Valverde y Leopoldo Panero . -- 2ª ed. en esta presentación . -- Barcelona : Planeta, 2000
XXXIII, 213 p. ; 19 cm . -- (Clásicos universales Planeta ; 19)

Signatura P POE

—**Miguel de Unamuno:** «... probablemente el mayor poeta que España ha tenido en lo que va de siglo».

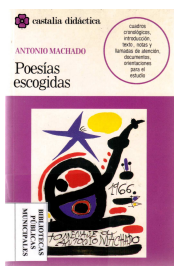


Unamuno, Miguel de (1864-1936)

Antología poética / Miguel de Unamuno ; prólogo y selección de Andrés Trapiello . -- Madrid : Akal, 1987
171 p. ; 17 cm . -- (Akal bolsillo ; 174)

Signatura P UNA ant

—**Antonio Machado:** «... sus poemas mejores fueron tempranos... No es seguro que el prestigio grande de que hoy goza la obra de Machado resista intacto el paso del tiempo...»

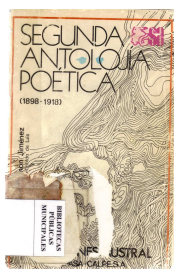


Machado, Antonio (1875-1939)

Poesías escogidas / Antonio Machado ; introducción, bibliografía, notas de Vicente Tusón . -- Madrid : Castalia, D.L. 1986
203 p. : il. ; 17 cm . -- (Castalia didáctica ; 11)

Signatura P MAC poe

—**Juan Ramón Jiménez:** «replegado sobre sí mismo como un Buda sobre su ombligo... Jiménez rara vez ha mostrado curiosidad intelectual por sorprender lo que haya bajo la apariencia...»

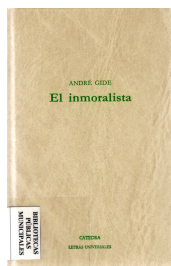


Jiménez, Juan Ramón (1881-1958)

Segunda antología poética, (1898-1918) / Juan Ramón Jiménez ; prólogo de Leopoldo de Luis . -- 4ª ed. . -- Madrid : Espasa-Calpe, 1983
294 p : il ; 17 cm . -- (Selecciones austral ; 6)

Signatura P JIM ant

—**André Gide:** «Con él su vida entera coincidía, / Toda promesa y realidad iguales...» («*In Memoriam A.G.*», *Con las horas contadas*)



Gide, André (1869-1951)

El inmoralista / André Gide ; edición de Margarita Carbayo ; traducción de Margarita Carbayo . -- Madrid : Cátedra, D.L. 1988
174 p. : il. ; 18 cm . -- (Letras universales ; 96)

Signatura N GID inm

—**Surrealismo:** «El surrealismo envolvía una protesta total contra la sociedad y contra las bases en que ésta se hallaba sustentada: contra su religión, contra su moral, contra su política...»

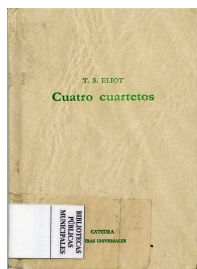


Poesía francesa contemporánea : antología bilingüe / [selección] M.

Álvarez Ortega . -- 2ª ed. . -- Madrid : Akal, 1983
2 v. ; 17 cm . -- (Akal bolsillo ; 111-112)
Texto paralelo en francés y traducción al español

Signatura FRA POE

—**Thomas Stearns Eliot:** «Creo que Eliot es sin duda el más grande de todos [los poetas ingleses] y uno de los grandes poetas del mundo. Especialmente su última obra, *Cuatro cuartetos* (*Four Quartets*) es de una trascendencia extraordinaria y es en ella donde Eliot se ha logrado mejor desde el punto de vista del lenguaje. ¡Qué lenguaje más rico! Qué exactitud y qué precisión en el concepto!»¹⁰⁰



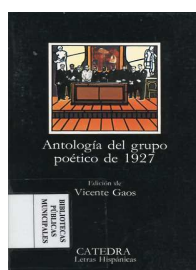
Eliot, T.S. (1888-1965)

Cuatro cuartetos / T. S. Eliot ; edición bilingüe de Esteban Pujals Gesalí ; traducción de Esteban Pujals Gesalí . -- Madrid : Cátedra, D.L. 1987
161 p. : il. ; 19 cm . -- (Letras universales ; 88)

Signatura ING ELI

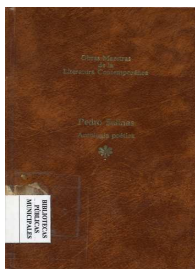
2. CONTEMPORÁNEOS

—**Pedro Salinas:** «... *Presagios* me parece lo más importante de su labor; muestra ahí cualidades poéticas espontáneas en su temperamento, cualidades que sus libros siguientes dejarán a un lado, sin duda por creerlas su autor inferiores a las otras artificiales que luego ha de adquirir y cultivar».



Antología del grupo poético de 1927 / edición de Vicente Gaos ; actualizada por Carlos Sahagún . -- 25ª ed. . -- Madrid : Cátedra, 2005
243 p. ; 18 cm . -- (Letras hispánicas ; 30)

Signatura P ANT



Salinas, Pedro (1891-1951)

Antología poética / Pedro Salinas; selección de Luis Suñén . -- 1ª ed. en esta colección . -- Barcelona : Seix Barral, 1985.
197 p. ; 21 cm . -- (Obras maestras de la literatura contemporánea ; 91)

Signatura P SAL ant

—**Jorge Guillén:** «... su mundo poético es estrecho, burguesamente personal».



Guillén, Jorge (1893-1984)

Mientras el aire es nuestro : antología / Jorge Guillén; edición de Philip W. Silver . -- 3ª ed . -- Madrid : Cátedra, D.L. 1984. 412 p. ; 19 cm . -- (Letras hispánicas ; 89)

Signatura P GUI mie

—**Federico García Lorca:** «*Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*: ... acaso la mejor obra que Lorca alcanzó a componer. Sus cualidades extraordinarias de poeta en ninguna otra obra suya parecen desarrolladas tan bien como aquí...»

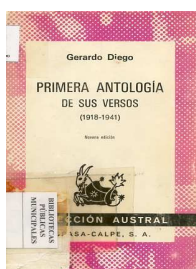


García Lorca, Federico (1898-1936)

Llanto por Ignacio Sanchez Mejías . -- ed. facs. con textos de Dámaso Alonso...[et al.] . -- [Madrid] : Ediciones de la Casona de Tudanca, 1982
94 p.: il. ; 24 cm.

Signatura P GAR lla

—**Gerardo Diego:** «La aportación de más valor hecha por Diego a nuestra lírica está probablemente en *Imagen y Manual de espumas*».

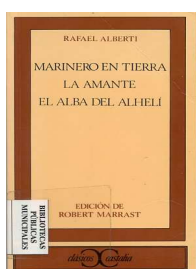


Diego, Gerardo (1896-1987)

Primera antología de sus versos, (1918-1941) / Gerardo Diego . -- 9ª ed. . -- Madrid : Espasa-Calpe, 1980. 187 p. ; 18 cm . -- (Colección Austral ; 219)

Signatura P DIE pri

—**Rafael Alberti:** «... la poesía de Alberti sólo presentaba dos dimensiones, largo y ancho, faltándole la tercera, que es precisamente la que le da alma: la profundidad. De ahí que la poesía de Alberti siempre resulte “plana”».

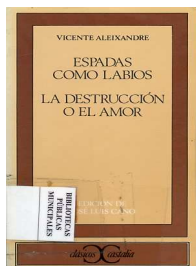


Alberti, Rafael (1902-1999)

Marinero en tierra ; ; La amante ; El alba del alhelí / Rafael Alberti ; edición, introducción y notas de Robert Marrast . -- 5ª ed. . -- Madrid : Castalia, D.L. 1990
289 p. : il. ; 18 cm . -- (Clásicos Castalia ; 48)

Signatura P ALB mar

—**Vicente Aleixandre:** «El surrealismo francés obtiene con Aleixandre en España lo que no obtuvo en su tierra de origen: un gran poeta... *La destrucción o el Amor*: libro espléndido...»



Aleixandre, Vicente (1898-1984)

Espadas como labios ; : La destrucción o El amor / Vicente Aleixandre ; edición, introducción y notas de José Luis Cano . -- Madrid : Castalia, D.L. 1979
247 p. [4] p. de lám. : il. ; 18 cm . -- (Clásicos Castalia ; 43)

Signatura P ALE esp

—**Manuel Altolaguirre:** «Si entre nosotros las obras literarias tuvieran futuro, me atrevería a predecir para los versos de Altolaguirre el reencuentro maravillado que algunos lectores venideros habrán de experimentar, al enfrentarse con ese libro único (por solo y singular) de *Las islas invitadas*».



Altolaguirre, Manuel (1905-1959)

Las islas invitadas / Manuel Altolaguirre ; edición, introducción y notas de Margarita Smerdou Altolaguirre . -- Madrid : Castalia, 1978.
162 p. , [3] p. de lám. : il. ; 18 cm . -- (Clásicos Castalia ; 56)

Signatura P ALT isl

—**Miguel Hernández:** «...había en Hernández, y hasta en exceso, todos los dones primarios que indican al poeta: le faltaban los que constituyen al artista...»



Hernández, Miguel (1910-1942)

Antología poética / Miguel Hernández ; con cuadros cronológicos, introducción, bibliografía, texto íntegro... a cargo de Antonio A. Gómez Yebra . -- Madrid : Castalia, [1998]
330 p. : il. ; 17 cm . -- (Castalia didáctica ; 46).

Signatura P HER ant

3. CERNUDIANOS

—**Octavio Paz:** Escribió un poema sobre Luis Cernuda, que le dedicó como regalo de la Navidad de 1961 y que al poeta sevillano le pareció «hermosísimo». Puede leerse en Internet, en el número homenaje de *La caña gris*:

<http://www.numerossueltos.com/revistas/lcg/la-ca-a-gris-06-07-08.html>

—**Jaime Gil de Biedma:** su poema «Después de la noticia de su muerte», dedicado al autor de *La Realidad y el Deseo*, se encuentra en su libro *Moralidades*, de 1966, en: *Obras. Poesía y prosa*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2010, p. 197

[Signatura: P GIL obr]. En esta misma recopilación, pueden leerse sus tres soberbios ensayos sobre Cernuda: «El ejemplo de L.C.», «L.C. y la expresión poética en prosa» y «Como en sí mismo, al fin».

—**Francisco Brines:** «La mano del poeta (Cernuda)», un emocionante poema dedicado a Cernuda, puede leerse en su poemario *Palabras en la oscuridad*, de 1966, contenido en: *Ensayo de una despedida. Poesía completa (1960-1997)*, Barcelona, Tusquets, 1997, p. 139. [Signatura: P BRI ens]

—**La promoción poética de los 50**, Luis García Jambrina (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 2000: una completa antología de los poetas que reivindicaron a Cernuda: Ángel González, Caballero Bonald, Carlos Barral, José Agustín Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, José Ángel Valente, Francisco Brines y Claudio Rodríguez. [P PRO]

4. ESTUDIOS SOBRE CERNUDA Y SU TIEMPO

Alberti, Rafael, *La arboleda perdida: libros I y II de memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1981. [N ALB arb]

Aleixandre, Vicente, *Los encuentros*, Madrid, espasa Calpe, 1985. [N ALE enc]

Aullón de Haro, Pedro, *la poesía en el siglo XX: (hasta 1939)*, Madrid, Taurus, 1989. [82E(09) HIS 20]

Aznar Soler, Manuel, *Materiales documentales del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la cultura: (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*, Sada, A Coruña, Edicios do Castro, 2009. [82 AZN]

Baquero, Gastón, *Geografía literaria (1945-1996)*, Madrid, Huerga y Fierro, 2007. [82 BAQ]

Blanco Aguinaga, Carlos; Rodríguez Puerto, Julio; Zavala, Iris M., *Historia social de la literatura española*, Madrid, castalia, 1984, vols. 2 y 3. [82E(09) BLA]

Diego, Gerardo, *Obras completas*, Madrid, Alfaguara, 2000, Tomo VIII. Vol 3. Prosa literaria. [P DIE obr]

Díez de Revenga, F.J., *Panorama crítico de la generación del 27*, Madrid, castalia, 1988. [82E DIE]

García Montero, Luis, *El sexto día: historia íntima de la poesía española*, Madrid, Debate, 2000. [82E GAR]

Garro, Elena, *Memorias de España 1937*, Madrid, Salto de Página, 2011. [B GAR]

González, Ángel, *La poesía y sus circunstancias*, Barcelona, Seix Barral, 2005. [82E GON]

Goytisolo, Juan, *Los ensayos*, Barcelona, península, 2005. [N GOY ens]

León, María Teresa, *memoria de la melancolía*, Barcelona, Laia, 1977. [N LEO mem]

Mariás, Javier, *Miramientos*, Madrid, Alfaguara, 1997. [B MAR]

Moreno Villa, José, *Vida en claro: autobiografía*, Madrid, Visor, 2006. [N MOR vid]

Ortega y Gasset, José, *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Madrid, Alianza Editorial, 2002. [7.01 ORT]

Rico, Francisco (ed.), *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 1984. Vol. VII. Época contemporánea: 1914-1939, Víctor García de la Concha (ed.). [82E(09) HIS]

Rivero Taravillo, Antonio, *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)*, Barcelona, Tusquets, 2008. [B CER]

— ***Luis Cernuda. Años de exilio (1938-1963)***, Barcelona, Tusquets, 2011. [B CER]

Rodríguez Puértolas, Julio (coord.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Tres Cantos, Madrid, Istmo, 2009. [001(09) REP]

Salinas, Pedro, *Literatura española del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1980. [82E SAL]

Teruel, José, *El trampolín y el atleta: (un estudio sobre Los placeres prohibidos)*, separata de: Luis cernuda, *Los placeres prohibidos*, Madrid, Concejalía de Cultura, 2002. [P CER pla]

Villena, Luis Antonio de, *Luis Cernuda*, Barcelona, Omega, 2002. [82E CER]

Zambrano, María, *Algunos lugares de la poesía*, Madrid, Trotta, 2007. [82 ZAM]

5. MULTIMEDIA

—***Cantando a Carlos Álvarez, J. López Pacheco, Luis Cernuda, José Bergamín: Paco Ibáñez y otros cantautores musican y cantan algunos poemas de Cernuda.***
[Signatura: CDM CAN CAN]

—**Cernuda recitando** sus propios poemas con emotiva «sequedad», en un recital en Los Angeles de 1962:
<http://www.librodearena.com/post/buzo-del-guadalquivir/luis-cernuda-recitando-sus-poemas/4389358/3680>

—***El deseo y la realidad. Imágenes y palabras de los poetas del 27:***
Documental del Instituto Cervantes (guión y dirección de Rafael Zarza Ballugera y Fernando G. Canales); incluye imágenes procedentes de una grabación inédita de 1929 —de Juan Guerrero Ruiz— sobre algunos miembros de la Generación del 27, entre los que se encuentra Luis Cernuda. Única filmación conocida del poeta.
<http://cervantestv.es/2009/11/07/el-deseo-y-la-realidad-imagenes-y-palabras-de-los-poetas-del-27/>

—***Sierra de Teruel:*** la película rodada por André Malraux en plena guerra civil (1937), basada en su propia novela *L'Espoir*. Un film vibrante y un documento histórico. Como curiosidad: en el minuto 23' 45'' actúa durante unos planos Serafín Fernández Ferro, el gran amor de Cernuda.
<https://www.youtube.com/watch?v=ACNA33I-jdk>

6. ENLACES

—**Francisco Brines sobre Cernuda:** discurso de ingreso en la Academia de uno de nuestros mayores —y más cernudianos— poetas vivos.

[http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000001.nsf/\(voAnexos\)/archE4AE0B747C0E5B44C1257170003BA126/\\$FILE/FranciscoBrines.htm](http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000001.nsf/(voAnexos)/archE4AE0B747C0E5B44C1257170003BA126/$FILE/FranciscoBrines.htm)

—**Instituto Cervantes:** una página modélica, en contenido y en estética, realizada con motivo del centenario del poeta.

<http://cvc.cervantes.es/actcult/cernuda/>

—**James Valender, *Alberti y Cernuda*:** artículo de uno de sus mejores biógrafos sobre las relaciones de dos poetas muy diferentes.

http://www.elcultural.es/articulo_imp.aspx?id=6004

—**James Valender, *Luis Cernuda en México*:** otro estupendo artículo sobre los años mexicanos del poeta.

<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/luis-cernuda-en-mexico>

—**La caña gris:** número monográfico dedicado al poeta en 1962 con importantes colaboraciones (Vicente Aleixandre, Octavio Paz, María Zambrano, Rosa Chacel, Juan Gil-Albert, Jaime Gil de Biedma, José Hierro, Francisco Brines, José Ángel Valente, entre otros) y textos del propio poeta.

<http://www.numerossueltos.com/revistas/lcg/la-ca-a-gris-06-07-08.html>

—**Luis Gómez Canseco, *Luis Cernuda en Nueva Inglaterra*:** sobre la etapa americana de Cernuda.

http://institucional.us.es/revistas/philologia/8/art_18.pdf

—**Philip K. Silver:** diversas conferencias de un renombrado especialista en Cernuda, impartidas en la Fundación Juan March.

<http://www.march.es/conferencias/anteriores/index.aspx?b0=cernuda&l=1>

—**Recursos:** surtido de páginas generales para introducirse en la vida y la obra del poeta sevillano.

<http://www.eldigoras.com/eom/2002/agua09fjc00.htm>

<http://barricadaletrahispanic.blogspot.com.es/2011/08/luis-cernuda-indice.html>

<http://www.liceus.com/cgi-bin/aco/lit/01/011321.asp>

<http://www.literaturas.com/Monograficopoesia2002.htm>

—**Vicente Quirarte, *Luis Cernuda mexicano*:** otra página dedicada a los años mexicanos del poeta.

<http://www.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena%2035-36/LC100a%F1os/Quirarte.html>



NOTAS

-
- ¹Gerardo Diego, «*La realidad y el Deseo*», en *Obras completas*, vol. VIII, Madrid, Alfaguara, 2000, p. 522
- ² Carta a Nieves Mathews, 23-2-1946, en: Luis Cernuda, *Epistolario, 1924-1963*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2003, p. 413
- ³ Todas las citas de poemas de Cernuda están tomadas de: *Poesía completa*, Madrid, Siruela, 2002
- ⁴ Luis Cernuda, «El poeta y los mitos», *Ocnos*, en: *Poesía completa*, Madrid, Siruela, 2002, p. 560
- ⁵ Luis Cernuda, «Historial de un libro», en: *Prosa I*, Madrid, Siruela, 2002, p. 626. (En adelante «Historial...»)
- ⁶ Op. cit, ídem
- ⁷ Op. cit., p. 628
- ⁸ Op. cit., p. 856
- ⁹ Luis Cernuda, «Juan Ramón Jiménez», en: *Prosa II*, Madrid, Siruela, 2002, p. 155
- ¹⁰ «Estudios sobre poesía española contemporánea», en: *Prosa I*, p. 189
- ¹¹ «Historial ...», p. 630
- ¹² Ídem
- ¹³ «El destino», *Ocnos*, p. 582
- ¹⁴ «Anotaciones: (1931-1935)», en: *Prosa II*, p. 754
- ¹⁵ carta a Juan Guerrero Ruiz, 27-9-1928, *Epistolario*, p. 94
- ¹⁶ carta a Higinio Capote, 3-8-1929, *Epistolario*, p. 127
- ¹⁷ carta a Higinio Capote, 3-10-1929, *Epistolario*, p. 130
- ¹⁸ carta a Higinio Capote, 27-1-1930, *Epistolario*, p. 136
- ¹⁹ carta a Higinio Capote, 16-6-1930, *Epistolario*, p. 137
- ²⁰ «Divagación sobre la Andalucía romántica», 1934, en: *Prosa II*, p. 97
- ²¹ carta a José Luis Cano, 18-2-1948, *Epistolario*, p. 442
- ²² «Historial ...», pp. 632 y 659
- ²³ carta a Higinio Capote, 23-10-1928, *Epistolario*, p. 97
- ²⁴ carta a Jorge Guillén desde Toulouse, 15-11-1928, *Epistolario*, p. 102
- ²⁵ Vicente Aleixandre, *Los encuentros*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 140
- ²⁶ Aleixandre, op. cit. p. 138
- ²⁷ Luis Cernuda, «Vicente Aleixandre», en : *Prosa II*, pp. 201-202
- ²⁸ Antonio Rivero Taravillo, *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)*, Barcelona, Tusquets, 2008, p. 177
- ²⁹ «Historial ...», p. 637
- ³⁰ carta a Capote, 4-12-1929, *Epistolario*, p. 131
- ³¹ «Epentismo y epénticos», *Prosa II*, p. 781
- ³² Antonio Rivero Taravillo, op. cit., p. 168
- ³³ David Castillo, Marc Sardá, *Conversaciones con José "Pepín" Bello*, Barcelona, Anagrama, 2007, pp. 91-92
- ³⁴ Antonio Rivero Taravillo, *Luis Cernuda. Años de exilio (1938-1963)*, Barcelona, Tusquets, 2011, p. 203
- ³⁵ Antonio Rivero Taravillo, *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)*, p. 245
- ³⁶ «Soledades de España. Con el Museo del Pueblo», *Prosa II*, pp. 61-62
- ³⁷ «Los que se incorporan», *Prosa II*, p. 63
- ³⁸ «Historial ...», p. 639
- ³⁹ Ídem, p. 640
- ⁴⁰ Ídem
- ⁴¹ «Palabras antes de una lectura», en: *Prosa I*, p. 602
- ⁴² Derek Harris, ed., *Luis Cernuda*, Madrid, Taurus, 1977, p. 25
- ⁴³ «Historial ...», p. 642
- ⁴⁴ Ídem, p. 643
- ⁴⁵ *Prosa I*, p. 857
- ⁴⁶ «Guerra y paz», *Ocnos*, p. 592
- ⁴⁷ Antonio Rivero Taravillo, *Luis Cernuda. Años de exilio (1938-1963)*, p. 33
- ⁴⁸ «Historial ...», p. 644
- ⁴⁹ «Ciudad caledonia», *Ocnos*, p.594
- ⁵⁰ Carta a Carlos-Peregrín Otero, 14-2-1961, *Epistolario*, p. 904
- ⁵¹ Carta a Concha Méndez, (22-2-1939), *Epistolario*, p. 273
- ⁵² Carta a Nieves Mathews, 15-12-1942, *Epistolario*, p. 330

- ⁵³ Carta a Eugénio de Andrade, 16-2-1958, *Epistolario*, p. 666
- ⁵⁴ «Historial ...», p. 652
- ⁵⁵ Carta a Salvador Moreno, 16-10-1962, *Epistolario*, p. 1067
- ⁵⁶ Carta a Derek Harris, 18-12-1962, *Epistolario*, p. 1081
- ⁵⁷ «Historial ...», p. 646
- ⁵⁸ Ídem, p. 645
- ⁵⁹ Ídem, p. 646
- ⁶⁰ Ídem, p. 647
- ⁶¹ Ídem, p. 646
- ⁶² «Biblioteca», *Ocnos*, p. 598
- ⁶³ «Historial ...», p. 648
- ⁶⁴ James Valender, *Luis Cernuda: Álbum*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2002, p. 332
- ⁶⁵ James Valender, op. cit., p. 353
- ⁶⁶ «Historial ...», p. 649
- ⁶⁷ «La llegada», *Ocnos*, p. 608
- ⁶⁸ «Historial ...», p. 654
- ⁶⁹ Ídem, p. 656
- ⁷⁰ Ídem, p. 654
- ⁷¹ «Raúl Leiva: Conversaciones con Luis Cernuda», *Prosa II*, p. 804
- ⁷² «Poesía popular», *Prosa II*, Siruela, Madrid, 2002, p. 472
- ⁷³ «Palabras antes de una lectura», *Prosa I*, pp. 604-605
- ⁷⁴ «Estudios sobre poesía española contemporánea», *Prosa I*, p. 195
- ⁷⁵ Todas las citas de este párrafo proceden del capítulo dedicado a Pedro Salinas y Jorge Guillén en los «Estudios sobre poesía española contemporánea», *Prosa I*, p. 198
- ⁷⁶ José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Madrid, Alianza, 2002, p. 51
- ⁷⁷ Antonio Rivero Taravillo, *Luis Cernuda. Años de exilio*, p. 220
- ⁷⁸ Carta a Leopoldo Panero, 27-9-1949, *Epistolario*, p. 473
- ⁷⁹ «Historial ...», p. 659
- ⁸⁰ Ídem, p. 656
- ⁸¹ Ídem, p. 660
- ⁸² Ídem
- ⁸³ Carta a Sebastian Kerr, 30/04/1960, *Epistolario*, p.
- ⁸⁴ Derek Harris, op. cit., pp 151-152, nota
- ⁸⁵ «El Crítico, el Amigo y el Poeta», en: *Poesía y literatura*, *Prosa I*, p. 623
- ⁸⁶ Carta a María Victoria Atencia y Rafael León, 23-3-1961, *Epistolario*, p.
- ⁸⁷ Jaime Gil de Biedma, *El ejemplo de Luis Cernuda*, en: *Obras, poesía y prosa*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2010, pp. 545-550 (1962)
- ⁸⁸ Carta a Fernández-Canivell, 8-12-1956
- ⁸⁹ Carta a Carlos-Peregrín Otero, 23-11-1959, *Epistolario*, p. 806
- ⁹⁰ «Estudios sobre poesía española contemporánea», *Prosa I*, p. 159
- ⁹¹ «Historial...», p. 651
- ⁹² Octavio Paz, «La palabra edificante», en: Derek Harris, ed., op. cit., p. 149
- ⁹³ Carta a Concha Méndez, 2-2-1963, *Epistolario*, p. 1997
- ⁹⁴ Carta a Concha de Albornoz, 17-11-1960, *Epistolario*, p. 883
- ⁹⁵ Carta a Carlos-Peregrín Otero, 1-11-1963, *Epistolario*, p. 1154
- ⁹⁶ James Valender, *Luis Cernuda: Álbum*, p. 459
- ⁹⁷ Salvo indicación en contrario, todas las citas de esta sección proceden de «Estudios sobre poesía española contemporánea» e «Historial de un libro», *Prosa I*
- ⁹⁸ «El Crítico, el Amigo y el Poeta», *Prosa I*, p. 621
- ⁹⁹ «Góngora y el gongorismo», en: *Prosa II*, p. 139
- ¹⁰⁰ «Jaime Tello: hablando con Luis Cernuda», *Prosa II*, p. 788

